6688

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MAÑANA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El oneuo no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Ch
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos e
Los dos inseparable
La pesadilla de un
La hija del rey Ren
Los extremos.
Los dedos huéspede
Los éxtasis.
La posdata de una c
La mosquita muert
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres
Los amantes de Ter
La verdad en el esp
La banda de la Con
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitana de Madri
La Madre de San Fe
Las floresi de Don J
Las apariencias.
Las gueeras civiles.
Leccions de amor.
Los maridos.
La lápida mortuori
La bolsa y el bolsill
La libertad de Flóre
La Archiduquesita.
La escuela de los an
La escuela de los pe
La escala del poder.
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien
La mujer del pueblo
Las bodas de Camac
La cruz del misteri
Los pobres de Madr
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en África.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castil
La calle de la Mont
Los pecados de los p
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicien
La peor cuña.
La choza del almadr
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vier
La agenda de Corre
La cruz de oro.
La caja del regimie
Las sisas de mi mu
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

MAÑANA.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/maanacomediaentr12811coup

MAÑANA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE COUPIGNY.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 17 de Febrero de 1865.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL.....	D.ª MATILDE DIEZ.
LUISA.....	D.ª EMILIA SANZ.
JUANA.....	D.ª ADELA ZAPATERO.
ENRIQUE.....	D. MANUEL CATALINA.
DON ANDRÉS.....	D. ANTONIO PIZARROSD.
MIGUEL.....	D. MANUEL PASTRANA.

La escena en Madrid en casa de D. Andrés.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor; y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

eda hecho el depósito que marca la ley.

AL PRIMER ACTOR

D. MANUEL CATALINA.

Para tí, querido Manuel, escribí el principal papel de esta comedia, y tu talento ha sabido darle tal vida, que no puede menos de manifestarte su gratitud en estas líneas, tu amigo de corazon

Juan.

609309

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada, puerta al fondo y laterales. Á la izquierda un balcon. La puerta de la izquierda es la que da al cuarto de Enrique.

ESCENA PRIMERA.

Al alzarse el telon aparecen sentadas ISABEL y LUISA en un extremo de la sala: en el otro extremo, y tambien sentado, ENRIQUE, y en medio, con un periódico en la mano, D. ANDRÉS. Todos estan con atencion y como pendientes de lo que dice el periódico.

ENRIQ. Por fuerza usted se equivoca;
se equivoca usted por fuerza.
Si asi fuese...
AND. Pues no hay duda.
ISABEL. Que vuelva á leerlo.
LUISA. Que vuelva.
ENR. Limpie usted antes las gafas.
LUISA. ¡Válgame Dios, quién creyera!
AND. Pues atencion.
ENR. Atencion.
¿Quiere usted que yo lo lea?
AND. No tal.
ENR. Pues despacio y claro,
para que todos lo entiendan.

AND. (Leyendo.) «Ignorándose la habitacion que »ocupa en esta córte don Enrique Ortiz, so»brino y heredero de doña Tecla Ramirez, »se le avisa para que se sirva pasar por la »escribania de don Telesforo Rosales, con »objeto de enterarle de un asunto referen»te á la última disposicion de dicha se»ñora, que falleció en el Perú el cuatro de »Agosto, etc., etc.»

ENR. ¿Qué duda puedo tener?
Bien claro el papel lo reza.

AND. Cuando menos lo pensabas...

ENR. ¡Dulce, inesperada herencia!
Bien decian que mi tia
tenia un alma muy bella...
y yo, ingrato, que en seis años
no la he escrito ni una letra.
¡Pobre tia! no, no ha sido
porque yo no la quisiera,
sino por... Hoy casualmente
me estaba acordando de ella
y me decia, mañana
voy á escribirla.

AND. Pues, ea,
ya es inútil que la escribas.

ENR. Seguro estoy que se alegra
Miguel cuando se lo cuente,
y, á la verdad, que me inquieta
no haberle visto en diez dias.

ISABEL. (Con intencion á Luisa.)
Otros lamentan su ausencia
quizás mas que tú.

LUISA. Te he dicho
que te engañas si sospechas
que yo...

ISABEL. ¿Qué tal? ¿eh? tú misma
te vendes con tu respuesta.

LUISA. Pero si nunca me ha dicho...

ISABEL. Ya lo dirá, ten paciencia.

ENR. Yo voy á ver si lo encuentro.

AND. No, lo que ahora te interesa
es reunir los documentos

para que duda no tengan
de que tú eres el sobrino...

ENR. De mi tia.

AND. Á quien heredas.
Y con tu fé de bautismo
y con tu fé de existencia
vas á ver al escribano,
ante él tu derecho alegas
y zanjas ese negocio
y eres dueño de la herencia.

ENR. Si no vuelvo de mi asombro.

AND. Di que tu suerte es adversa.
Y el capital de tu tia,
á ser las noticias ciertas,
ascendia á tres millones;
conque ya ves...

ENR. ¡Friolera!

AND. Siempre fuiste el preferido
suyo.

ENR. Y esta es una prueba,
pues, teniendo otra sobrina,
tan solo de mí se acuerda.
¡Pobre Amparo! Sabe usted
que debe de estar muy vieja!
me llevaba veinte años...
justo, ya tiene cincuenta.

ISABEL. No la he visto. ¿Y tú?

ENR. Tampoco.
Cuando de aqui se fué, era
yo muy niño y sus facciones
mi memoria no recuerda.
Dice don Andrés que eres
su retrato...

AND. En todo idéntica;
ojos, estatura, voz...

ISABEL. ¡Es extraña coincidencia!

AND. Tal, que, si fuerais hermanas
dirian que erais gemelas.

ENR. Pero, á su edad...

AND. Está claro.

ENR. Ya estará bastante fea.
En zanjando este negocio

la escribo para que sepa...

AND. Mas lo primero...

ENR. Ya sé;
no hay cuidado que me duerma.
Mañana, sin falta, empiezo
á activar las diligencias.

AND. Mañana; siempre lo mismo,
y mañana nunca llega.

LUISA. Eso es lo que yo le digo.

ISABEL. Y lo que á mí me atormenta.

ENR. Y lo que á mí me encocora
es lo mal que ustedes piensan.
Tio, usted de mí no tiene
hasta hoy ninguna queja.
Desde que, al morir mis padres,
quedé bajo su tutela,
no hago mas en todo el dia
que aquello que usted me ordena.
¿Qué faltas he cometido
para tantas indirectas?

AND. Escucha...

ENR. Siempre con pullas..

ISABEL. ¡Enrique!

ENR. Y con chanzonetas.
¿Soy gastador?

AND. Si no es eso.

ENR. ¿Juego acaso?

AND. ¡Es fuerte tema!

ENR. ¿Me persigue la justicia
por política ó por deudas?

AND. Tampoco.

ENR. ¿Por qué razon,
entonces, todos me asedian?
Conozco que, como jóven,
he andado de ceca en meca
y he tenido mis deslices
como usted, como cualquiera:
mas esos no son defectos
que me traigan consecuencias,
porque, en fin, por algo somos
hijos de Adan y de Eva.
Sé que Luisa y que Isabel

por lo que mas me condenan
es por la mala opinion
que tengo yo de las hembras:
¿qué quereis? he visto tanto
que el que mal las juzga acierta.

ISABEL. Y á todas, sin excepcion,
iguales nos consideras.

ENR. (Á Andrés.)
¿Eso es motivo bastante
para tales reprimendas?

AND. Pero...

ENR. Usté, amigo de hacer
todas las cosas en regla
y á quien la falta mas leve
le trastorna y exaspera,
diga usted si lo que manda
no cumplo al pié de la letra.

AND. Ese es tu defecto.

ENR. ¿Cómo?
Es decir que yo soy...

AND. Deja
que me explique. Como nadie
conozco todas tus prendas,
y sé que es bueno tu fondo
y que tu intencion es buena.
Es cierto que lo que mando
á ejecutarlo te prestas,
pero, no sé por qué causa,
siempre á todo tarde llegas.
Esa es tu falta mas grande.

ENR. Todas sean como esa.
¿Y tengo la culpa, acaso,
de lo que á mí me suceda?

AND. La tienes.

ENR. ¿Conque es decir?...

ISABEL. Examina tu conciencia.
y verás que no me engaño,
porque hasta el hablar te cuesta.
(Con intencion.)

ENR. ¿El hablar?

ISABEL. (¿Me habrá entendido?
No ha sido mala indirecta.)

ENR. ¿Con que me encuentro acusado
sin que nadie me defienda?
¿Conque ya no tengo escape?
Pues señor, la cosa es seria.
Pues bien, si conforme en todo
el tribunal me condena,
no me queda otro recurso
que apelar á su indulgencia.
¿Me perdonarán si hago
propósito de la enmienda?
TODOS. Perdonado.
ENR. Entonces, basta;
ya no hay mas que hablar, y en prueba
de que estoy firme y resuelto
á marchar por otra senda,
voy ahora á revelarles
un secreto.
AND. Di.
ISABEL. Habla.
LUISA. Empieza.
ENR. He cumplido treinta abriles,
como diria un poeta:
propicio el hado, me ha hecho
dueño de una pingüe herencia.
ISABEL. Bien, adelante.
AND. Adelante.
ENR. Y quien, como yo, se encuentra
rico, y en la edad del hombre,
y con alguna experiencia,
debe pensar...
ISABEL. (Ya adivino.)
LUISA. (Ya estoy.)
ISABEL. (¡Mas lo que le cuesta!)
ENR. Debe pensar en casarse.
SABEL. (¡Gracias á Dios!)
AND. Buena idea.
ISABEL. (Que soy yo la que él elige
bien su mirada demuestra.)
ENR. (Á D. Andrés.)
¿No aplaude usted mi proyecto?
AND. ¿Cómo no? de todas veras.
ENR. Y tú, Isabel, tú que viuda

el santo estado recuerdas,
en el caso en que me hallo,
¿qué dices? ¿qué me aconsejas?

ISABEL. El matrimonio es la gloria
si es el amor quien lo alienta,
si hay fé, confianza pura
en los dos que á unirse llegan.

ENR. Y es el estado del hombre,
bien la Escritura lo reza
cuando en sus páginas dice
aquella santa sentencia:
crescite et multiplicamini.
¿No es verdad?

ISABEL. Mas ten en cuenta
que todo estriba en saber
elegir la compañera. (Con intencion.)

ENR. Mi eleccion será acertada. (Idem.)

ISABEL. Es decir que en alguien piensas.

ENR. (Oh, de mañana no pasa
que yo me declare á ella.)

ISABEL. (¿Será por mí?...)

ENR. (¡Un año en lucha!
Si, me decido.)

MIGUEL. (Desde la puerta.) ¿Hay licencia?

ESCENA II.

DICHOS y MIGUEL.

ENR. ¿Qué estoy mirando? ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Enrique!

ENR. ¿Dónde has estado
que no te he visto?

MIGUEL. He llegado
ha dos horas de Teruel.
Y usted, Isabel, ¿qué tal?
Siempre tan linda y graciosa.

ISABEL. (Vamos, este es otra cosa,
cuando habla no lo hace mal.)

LUISA. (Tanta flor para mi hermana,
ni un cumplido para mí.)

MIGUEL. (Á Enrique.) Tengo que hablarte.
ENR. Pues di.
MIGUEL. Es reservado.
AND. Miguel,
sospecho que ustedes dos
tendrán que hablarse...
ENR. Si, justo.
AND. Pues siendo asi, yo no gusto...
MIGUEL. ¡Don Andrés!
AND. Me voy, con Dios.
ISABEL. (Yo le tenderé la red.)
LUISA. (Si hasta el saludarme evita.)
MIGUEL. ¿Se va usted, Isabelita?
ISABEL. Me voy.
MIGUEL. Á los pies de usted.
(Vánse, primero D. Andrés por el fondo, luego Isabel y Luisa, por la derecha.)

ESCENA III.

ENRIQUE, MIGUEL.

ENR. Quejoso estaba de tí:
como tu viaje ignoraba
y nadie razon me daba
de donde estabas creí...
MIGUEL. Aunque tu enojo es fundado
algo tengo yo en mi abono.
ENR. Si lo pruebas te perdono
tu accion.
MIGUEL. Dálo por probado.
Mi madre se halla en Teruel,
como tú no ignoras.
ENR. Si.
MIGUEL. Y la pobre vive allí,
adorando en su Miguel.
Otro placer no concibe
que escribirme.
ENR. Ya lo creo.
MIGUEL. Y como es diario el correo,
todos los dias me escribe.
Si piensa en mí noche y dia,

tampoco de aqui se aparta:
(Señalando el corazon.)
pues bien, me escribió una carta,
no há mucho, en que me decia:
«Pronto, seis años hará
»que lejos de tí me veo;
»¿por qué, como yo deseo,
»no te vienes por acá?»
Aunque el viaje no era urgente
segun ella me indicaba,
desde ese momento estaba
por complacerla impaciente.
Ya sabes tú como soy,
todo me inquieta, me afana,
¿á qué dejar á mañana
lo que se puede hacer hoy?

ENR. Tienes razon, Miguelillo,
sabes que somos iguales.

MIGUEL. Yo busco en todos mis males
el remedio mas sencillo,
y todo me sale bien:
leí la carta y sin mas,
hice mi maleta, y zás,
andando en el primer tren.
Calcula tú la alegria
que á mi madre le causó
mi entrada; cuando me vió
lloraba á un tiempo y reia.
Pasado el momento aquel,
cuando solos nos quedamos,
me dijo la pobre, vamos
á hablar un rato, Miguel.
El coloquio fué prolijo,
que en tantos años ausentes,
hay muchas cosas pendientes
entre una madre y un hijo.
En fin, para concluir;
despues de varias cuestiones,
de consejos y razones
y hablar de mi porvenir;
me dijo, con la dulzura
con que una madre aconseja,

«Miguel, ya voy siendo vieja
y este mal no tiene cura.
Mi bien y mi dicha fundo
en hacer feliz tu suerte,
mas si me llama la muerte
te quedas solo en el mundo.
Cuando me acuerdo de tí
me asalta ese pensamiento:
para calmar mi tormento,
¿por qué no te casas? dí.»
Yo que, cansado...

ENR. Y yo igual.

MIGUEL. De juveniles locuras,
he pensado en las dulzuras
de la vida conyugal,
dije: su idea es la mia,
no crea usted que me asusto,
y solo por darla gusto
me casara, madre mia.
Di mi palabra formal
y á cumplirla estoy resuelto,
porque aquello de *el buey suelto*...
me va pareciendo mal.
Y ahí tienes lo que me pasa.

ENR. Tu proyecto no condeno:
la vida del hombre bueno,
llega á los treinta y se casa.
Ya que como fiel amigo
has sido franco y sincero,
yo tambien, á mi vez, quiero
ser espontáneo contigo.
Sabe que por dicha mia
soy rico.

MIGUEL. ¿Qué te ha pasado?

ENR. Muy sencillo, que he heredado.

MIGUEL. Ya entiendo, acaso tu tia
la del Perú?

ENR. Justamente.
Ha muerto la pobre.

MIGUEL. Pero...

ENR. Nombrándome su heredero.

MIGUEL. Era una tia excelente.

Recibe mi parabien.

ENR. Ya sé que tú has de alegrarte.
Ahora quiero confesarte
que tengo mi plan tambien.
Sabes que tengo tu edad
y que, con bueno ó mal fruto,
hemos rendido el tributo
debido á la mocedad.
Como la abeja á la flor,
hemos aspirado, en fin,
todo el jugo del jardin
donde se anida el amor.
Á Juana ví y amé á Juana
y la dejé por Elisa,
y me prendó la sonrisa
luego de Inés ó Mariana.
Ví unos ojos, y ya antojos
sintió el alma enamorada
por lograr una mirada
de aquellos divinos ojos.
Ví una mujer en la calle
de talle airoso, y ligero
me convertí en escudero
de la dama de aquel talle.
Mas de una vez, aturdido,
no supe qué responder
cuando, en vez de la mujer,
me hallaba con el marido.
Me ha cogido la alborada
en la mas fria estacion
mirando absorto á un balcon
de la villa coronada.
Me han seducido á porfia
casadas, viudas, doncellas,
que nunca he mirado en ellas
ni estado ni gerarquia.
He andado á veces á palos
por gustar frutos agenos;
¡ay, Miguel, los ratos buenos
no me compensan los malos!
Y te hago esta confesion
para que quede probado,

que de todo esto he sacado
lo que el negro del sermon.
Para vencer esquiveces,
dar tormento á mi cacúmen,
y todo en balde; en resúmen,
mucho ruido y pocas nueces.
Cansado ya de ese afan
incesante en que he vivido,
he tomado mi partido,
he concertado mi plan.
Con el pingüe patrimonio
de mi tia del Perú,
resuelto estoy, como tú,
á contraer matrimonio.
Y ya que el tiempo se pasa
no pisemos mal terreno.

MIGUEL. La vida del hombre bueno.

ENR. Pues, á los treinta se casa.

MIGUEL. Mas tú ya tendrás con quién ..

ENR. No tengo nada formal;
presumo que... ¿Y tú?

MIGUEL. ¿Yo? igual.

ENR. Pues, señor, estamos bien.

MIGUEL. No creas que eso me agobia.

ENR. Pero no hay que descuidarse.

MIGUEL. Ya lo sé.

ENR. Para casarse
lo principal es la novia.

MIGUEL. Ese obstáculo se zanja
como haya empeño formal.

ENR. Pues lo dicho: cada cual
busque su media naranja.
Y pues que resuelto estoy,
no saldrá mi empresa vana:
yo empiezo mi plan mañana.

MIGUEL. Yo tiendo mis redes hoy.

ESCENA IV.

DICHOS y JUANA, con un papel en la mano.

JUANA. Señorito, en este instante

han traido para usted
esta carta.

ENR. ¿Para mí?
No sé de quién pueda ser.
Con tu permiso. (Á Miguel.)

MIGUEL. Lo tienes.

JUANA. (Es buen mozo don Miguel.)

ENR. ¡Calle! es letra de mi tio.
(Despues de leer.)
Que vaya á unirme con él
á casa del escribano,
que el negocio es de interés,
pues se trata nada menos
que de mi herencia.

MIGUEL. Anda, ve.

ENR. Y me añade por postdata,
rarezas de don Andrés. (Lee.)
«Si te retardas, es fácil
»que lo llegues á perder:
»por tanto quiero que vengas
»antes de que den las tres,
»por razones que tú ignoras
»y que luego has de saber.»

MIGUEL. ¡Y te estás con esa calma!

ENR. No, si voy al punto, pues.
(Sacando el reloj.)
Ahora son las dos y trece;
de aqui á la calle del Pez...
tengo tiempo suficiente.

MIGUEL. No te debes detener.

ENR. Tomo un coche aqui en la esquina
de la calle del Clavel,
y en menos de seis minutos...

MIGUEL. Anda.

ENR. ¡Juana!

JUANA. ¿Manda usted?

ENR. Tráeme al punto mi sombrero.
(Váse Juana.)
Ya me olvidaba...

MIGUEL. ¿De qué?

ENR. De llevar los documentos
que necesito.

MIGUEL. Pues bien,
búscalos y vete al punto,
que no es cosa de perder...
ENR. Ya lo creo: ¡tres millones!
Yo que nunca imaginé...
¡Qué vida me voy á dar!
¡Verás qué casa, qué tren!
Lo primero compro un coche
que regalo á mi mujer,
tomo abono en los teatros,
daré los jueves un thé,
me iré á Paris, á Suiza,
á Italia; he de recorrer...
MIGUEL. Á que te quedas sin nada...
ENR. No faltaba mas.
MIGUEL. Mas ten
en cuenta que todo pende
de tu asistencia...
ENR. Tú crees
que yo me duermo: aun hay tiempo.
(Sacando el reloj.)
Son las dos y diez y seis.
Si aunque mi tio lo diga
no me puedo convencer...
¿Quién ha de poder quitarme
lo que es mio en buena ley?
Sino que el pobre señor
todas las cosas las ve
de cierto modo, y presume
que el que acierta siempre es él!
MIGUEL. Pero en el caso de duda
mas vale...
ENR. Si, ya lo sé,
y por eso voy al punto.
(Haciendo ademan de irse y volviendo.)
Ya verás como despues
resulta que todo ha sido
lo que yo me imaginé;
ó mala interpretacion,
ó cosas de don Andrés.
JUANA. (Saliendo.)
Aqui está el sombrero.

ENR. Venga.
MIGUEL. Ya estás listo.
ENR. Buscaré
primero los documentos;
los tengo en el secreter.
MIGUEL. No te retardes.
ENR. ¿Yo? calla:
no me conoces, Miguel.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

MIGUEL, JUANA.

MIGUEL. (Al ver que Juana hace ademan de marcharse.)
¡Oye, Juana!
JUANA. ¿Señorito?
MIGUEL. (De esta me puedo valer
para preparar...) ¿Qué tal
te fué en el pueblo?
JUANA. Muy bien.
MIGUEL. Me alegro.
JUANA. Tanto, que estuve
á punto de no volver:
pero porque no dijeran
las señoritas despues
que era una ingrata, no quise,
que si no...
MIGUEL. Buen proceder.
JUANA. Ya ve usted, yo soy asi,
al momento tomo ley
á todo el mundo, ojalá
me pudiera contener.
MIGUEL. ¿Pues qué te pasa, muchacha?
JUANA. ¿Qué me pasa? no lo sé.
¿Usted tiene, por ventura,
amigos en Aranjuez?
MIGUEL. Tengo un primo militar.
JUANA. Si hiciese usted la merced
de escribirle, preguntándole,
porque él lo podrá saber,
qué ha sido de Pascual Ramos,

chato, que monta muy bien,
y está en el cuarto escuadron
del regimimiento del Rey...

MIGUEL. Ese es tu novio, de fijo.

JUANA. Asi lo decia él;
pero el ingrato, aunque al irse
me juró constancia y fé,
en diez meses que está ausente
no me ha escrito ni una vez.

MIGUEL. Pues déjalo á mi cuidado.

JUANA. Ay, ¿de veras? ¿lo hará usted?
Yo no sé con qué pagar,
señorito, el interés...

MIGUEL. Puedes pagarme de un modo:
si tú me ayudas...

JUANA. ¿En qué?

MIGUEL. Escucha: ¿sabes si Enrique
hace el amor á Isabel?

JUANA. ¿Á la viuda? ¡qué locura!
Ca, no señor, al revés,
si siempre estan disputando
y á veces se arma un belen...
Pero á qué viene?... ¡ya caigo!
eso es que le gusta á usted
y quiere que yo... ¿no es eso?
Favor por favor: lo haré.

MIGUEL. No exijo tanto de tí.

JUANA. Ya comprendo mi papel.

MIGUEL. Pero, si tú te interesas...

JUANA. Si que me interesaré.

MIGUEL. Si en mi favor haces algo,
yo por tí ¿qué no he de hacer?

JUANA. Cuénteme usted desde hoy
por su súbdita mas fiel,
dispuesta á hacer cuanto mande.
Ya estoy escuchando: ¿á ver?

MIGUEL. Mira: cuando Isabelita
contigo á solas esté,
procuras hablarla....

JUANA. Entiendo.

MIGUEL. Que no llegue á conocer...

JUANA. Usted piensa que soy tonta?

MIGUEL. No, Juanita, ya lo sé.
JUANA. Y que ando yo en estos lios
tampoco es la primer vez.
MIGUEL. ¿Cómo? acaso Isabelita?...
JUANA. Ca, no señor, eso fué
cuando estuve, hace dos años,
sirviendo en casa de un juez.
El señor era casado,
y muy guapa su mujer,
y un vecino de la casa,
muy buen mozo, como usted,
me llamó para que hablase
é intercediese por él...
Yo, al ver á jóven tan fino,
tan amable, ya se vé,
quise protegerle, y... vamos,
abogué con interés.—
Pero mi señora era
de distinto parecer,
y empezó á tomarlo á mal,
en vez de tomarlo á bien.
Y cuando el amo llegó
á descubrir el pastel,
dió al vecino en la escalera
un tremendo puntapié,
á mí me puso en la mano
los cinco duros del mes,
y me despidió de casa,
y se concluyó el belen.
Pero lo que es por mi parte,
créame usted, don Miguel,
hice por mi protegido
cuanto puede una mujer;
lo que por él hice entonces
haré por usted tambien.
MIGUEL. Y Dios te dé mas fortuna
que con la esposa del juez.
JUANA. Ahí viene la señorita.
MIGUEL. Buena ocasion: déjame. (Váse Juana.)

ESCENA VI.

MIGUEL.

Pues que á la amistad no falto,
¿qué me arredra ni embaraza?
Pongamos sitio á la plaza
para dar luego el asalto.

ESCENA VII.

ISABEL, MIGUEL.

MIGUEL. ¡Isabel!
ISABEL. ¿Cómo es que aqui
tan solitario le encuentro?
MIGUEL. Enrique se fué allá dentro,
iba á seguirle...
ISABEL. Por mí...
MIGUEL. No, sospecho que se fué.
Una urgencia muy precisa
le hizo marchar tan deprisa,
que yo...
ISABEL. ¿No se sienta usté?
MIGUEL. (¡Ocasion mas oportuna!) (Se sientan.)
ISABEL. (Este me puede aclarar...)
Digo, no es esto obligar...
si una ocupacion...
MIGUEL. Ninguna.
(Ella se tiende la red.)
¿Qué ocupacion puedo hallar
que equivalga á la de estar
en plática con usted?
ISABEL. ¡Válgame Dios, qué galante
y cumplido está usted hoy!
MIGUEL. Isabel, yo siempre soy...
(¡Qué viuda mas incitante!)
ISABEL. Yo no sé cómo me explique
lo que á usted estoy oyendo,
usted lisonjero, siendo
el compañero de Enrique?

MIGUEL. ¿Y que tiene mi amistad
con sus palabras que ver?
ISABEL. Vamos, no puedo creer
que hable con sinceridad.
Si en gustos y en caractéres
iguales ustedes son,
¿no tendrá usted la opinion
que él tiene de las mujeres?
Él, que solo odio respira
contra la débil mujer,
hasta llegar á creer
que, en ella, todo es mentira.
MIGUEL. Pero tambien es cruel
que, porque él piense asi,
hayan de juzgarme á mí
del mismo modo que á él.
Yo que rindo adoracion
á la mujer, por instinto...
ISABEL. Entonces es muy distinto:
Miguel, pido á usté perdon.
MIGUEL. ¡Por Dios! Pero me parece
que ha sido usted muy severa
al juzgar de esa manera
á Enrique: no me merece
esa opinion, antes yo
pudiera á usted demostrar
de algun modo...
ISABEL. (¡Hola!)
MIGUEL. Y probar
que si eso dijo mintió.
ISABEL. Comprendo que, como amigo,
usted salga á su defensa,
pero yo sé como piensa
Enrique y no me desdigo.
MIGUEL. Mas ya cesará su encono
y la opinion que de él tiene
cuando yo, como conviene,
diga á usted algo en su abono.
ISABEL. ¿Conque usted puede decir?...
¿Y qué es ello? Pero... ¡Bah!
usted sin duda creerá
que á mí me precisa oir...

¿Con que?...

MIGUEL. (No le puede ver.)

ISABEL. (Lo sabe.)

MIGUEL. (¡Qué injusta saña!)

ISABEL. ¿Decia usted?

MIGUEL. Que se engaña.

ISABEL. Y usted me va á convencer...
Mucho trabajo há de darse
si pretende...

MIGUEL. Fácilmente.
Conque diga solamente,
que Enrique piensa casarse.

ISABEL. ¿Casarse? ¡Risa me da!
Y usted le llegó á creer...

MIGUEL. ¿Por qué no?

ISABEL. Vamos á ver;
usted todo lo sabrá,
y si convencerme quiere,
fuerza es que me diga al fin
quién es ese querubin
por quien quizás de amor muere.

MIGUEL. Ignoro quien es.

ISABEL. ¿Qué tal?
¡Si presumia yo bien!
Cuando él no ha dicho con quien...

MIGUEL. No le juzgue usted tan mal:
si su cabeza ligera
turbó un dia su razon,
hoy ya, con mas reflexion
ve todo de otra manera.

ISABEL. Que se enmiende pido á Dios,
que harto tiempo anduvo suelto.

MIGUEL. Pues por eso hemos resuelto
tomar estado los dos.

ISABEL. ¿Cómo? ¿Usted? ¿Será verdad?

MIGUEL. Yo, Isabel. (Se está riendo!)

ISABEL. Pues señor, segun voy viendo
esto es ya una enfermedad.
No crea usted que le acrimino
por tal determinacion,
porque ya es tiempo y razon
de que entre en el buen camino.

¿Y quién es la que ha alcanzado
milagro tan portentoso?

MIGUEL. ¡Ay, no soy tan venturoso
como usted se ha imaginado!

ISABEL. Pues como usted no se explique,
yo, francamente, no entiendo...

MIGUEL. Aunque casarme pretendo
me hallo en el caso de Enrique,
yo quiero, pero no sé
si cuando me acerque yo
á hablar me darán un no...

ISABEL. Si aun no se lo ha dicho usté.
Y aunque me lo calla, creo
que la conozco.

MIGUEL. Bastante.
Y en usted está...

ISABEL. Adelante.

MIGUEL. Que consiga mi deseo.

ISABEL. Si es tanto lo que le afana
saber si consigue ó no...
Y puedo hacer algo yo ..
(Lo dicho, quiere á mi hermana.)

MIGUEL. En balde, Isabel, será
que explique á usted mi deseo,
porque, segun lo que veo
lo ha adivinado usted ya.
Usted su apoyo me ofrece
para que mi afan consiga...
¿Qué mas quiere usted que diga
si lo sabe...

ISABEL. Me parece
que mi sospecha es fundada,
y, aunque su lengua fué muda,
despues de oirle, qué duda
puede quedarme de nada!
Que la conozco bastante
me acaba usted decir,
y yo le puedo añadir
que es mi amiga mas constante,
que vive donde yo vivo,
que adonde voy ella va...

MIGUEL. Pues si usted lo sabe ya

y en ella me ve cautivo;
dígala usted que mi amor
es santo y puro y sincero,
y dígala usted que espero
que ella calme mi dolor.

ISABEL. ¿Conque he de ser, por lo visto,
el emisario...

MIGUEL. ¡Isabel!

ISABEL. Aunque no es grato el papel,
si usted se empeña, no insisto...

MIGUEL. Ya que he descubierto á usted
cuanto encerraba mi pecho,
para quedar satisfecho
solo pido una merced.
¿Qué respuesta me dará
cuando yo mi amor le cuente?
Usted que es su confidente
presumo que lo sabrá.

ISABEL. Tanto exige usted de mí,
que no sé qué decir yo.

MIGUEL. ¡Ay, yo me temo que un no!...

ISABEL. Y yo me espero que un si.

MIGUEL. ¡Qué escucho! ¿Conque no es vana
mi esperanza?

ISABEL. (¡Es singular;
quién llegara á imaginar
que asi quisiera á mi hermana!)

MIGUEL. (¡Cuántos, ay, me envidiarán!
¡Qué linda es!)

ISABEL. (Y me mira
cual si fuera yo... y suspira...)

ENR. (Saliendo con unos papeles en la mano.)
Ya los encontré: aqui estan.

ESCENA VIII.

DICHOS y ENRIQUE.

ENR. Conque ¿no te vienes?

MIGUEL. Si.

ENR. (Á Isabel.) ¿Tú tambien aqui?

ISABEL. Ya ves.

ENR. (Mirando el reloj.)
Ay, Dios, van á dar las tres;
aun van á culparme á mí...
(Á Miguel.)
No sé qué encuentro en tu cara...
MIGUEL. ¿Pues qué?...
ENR. Cualquiera diria
que te embarga la alegria.
¿No es cierto, Isabel? repara.
Vamos, soy tu amigo fiel:
¿qué es ello?
MIGUEL. ¡Fuerte capricho!
No tengo nada te he dicho.
ENR. Tú lo sabrás, Isabel.
ISABEL. ¿En qué fundas tu opinion?
yo, sus misterios respeto.
MIGUEL. (Bravo, ya guarda el secreto.)
(Á Enrique.) Que es tarde
ENR. Tienes razon.
Me voy; pronto volveré.
(Á Miguel.) ¿No la has dicho tu proyecto?
Piensa casarse.
MIGUEL. En efecto.
ENR. (A Isabel.) ¿No te sorprende?
ISABEL. ¿Por qué?
Aqui su plan me contó
y mi aprobacion le dí.
ENR. ¿Conque tú lo apruebas?
ISABEL. Si.
ENR. Piensa lo mismo que yo.
Si me protege mi estrella
á hacerlo pronto me obligo.
(Sacando otra vez el reloj.)
¡Qué miro! (Haciendo ademan de irse)
MIGUEL. Me voy contigo.
ISABEL. (Á Miguel.)
Indague usted quién es ella. (Vánse.)

ESCENA IX.

ISABEL.

Que ha de casarse no hay duda:
mas ¿con quién? ¡Válgame Dios!
lo que les cuesta á estos hombres
recibir la bendicion.
El otro, mas razonable,
ya bien claro se expresó;
ama á Luisa y la pretende,
es lo mas puesto en razon.
Pero Enrique... siempre mudo...
¿estaré yo en un error?
Y como á todas nos juzga
de la misma condicion,
vaya usted á convencerle
y á decirle, yo no soy
ni lo que tú te figuras
ni lo que las otras son.

ESCENA X.

ISABEL, LUISA.

LUISA. He visto salir á Enrique
y á Miguel.
ISABEL. Justo; los dos
han marchado hace un momento.
LUISA. Yo me estaba en el balcon
y los vi subir á un coche.
ISABEL. ¿Ninguno de ellos te vió?
LUISA. Si, Miguel alzó la vista,
asi, con cierta emocion,
y cuando se halló conmigo
sonriéndose saludó.
ISABEL. Y tú ¿qué hiciste?
LUISA. ¿Qué hice?
lo que era natural; yo
hice asi con la cabeza,
como si dijese ¡adios!

ISABEL. Tambien con cierta sonrisa,
lanzando tu corazon
algun suspiro...

LUISA. Ya he dicho...

ISABEL. Que le quieres; ¿por qué no?
Que una mujer quiera á un hombre
no es falta...

LUISA. Tienes razon;
mas que el hombre no la quiera
es una injusticia atroz.

ISABEL. Y tú ¿qué sabes si Enrique
te quiere ó no?

LUISA. Yo, en rigor,
no tengo prueba ninguna;
porque un requiebro, una flor,
no indican nada, aunque á veces
lastiman el corazon.
Cuando viene á ver á Enrique,
como ha sucedido hoy,
me saluda, y esa es
toda su conversacion.

ISABEL. Al verdadero cariño
siempre acompaña el temor,
y á veces una mirada
dice mas...

LUISA. Si, en eso estoy;
pero yo nada he notado.

ISABEL. Y si te dijese yo,
Miguel te quiere y trata
de decirte su pasion.

LUISA. Ay, Isabel, tú me engañas;
no te burles, por favor.

ISABEL. ¿Yo burlarme? Tengo pruebas.

LUISA. ¿Tienes pruebas? ¿Cuáles son?

ISABEL. Él mismo me ha dicho que eras
el objeto de su amor,
y que tú sola en el mundo
puedes calmar su afliccion.

LUISA. ¡Ay! ¿y qué le has contestado?

ISABEL. Le he dado esperanzas.

LUISA. ¡Oh!
¡Pobrecillo! Bien, me alegro:

lo mismo hubiera hecho yo.
¿Pero él pretende mi mano?

ISABEL. Claro está, pues su intencion,
segun ha dicho, es muy pura.

LUISA. Ahí verás con qué rigor
le juzgábamos, teniéndole
en muy distinta opinion.

ISABEL. Como era amigo de Enrique!
¡qué distintos son los dos!

ESCENA XI.

DICHOS y D. ANDRÉS.

AND. Lo que yo me imaginaba.
Si no hay paciencia que baste.

ISABEL. ¿Pues qué pasa?

AND. Lo que siempre.
¿Dónde está Enrique?

ISABEL. Há un instante
que salió de aqui; nos dijo
que usted estaba esperándole.

AND. Y ha llegado tan á tiempo
que por hoy todo es en balde.
No sabe lo que le espera.

LUISA. ¿Ocurre algo nuevo?

AND. Y grave.

ISABEL. ¿No es cierto lo de la herencia?

AND. La tia, que en paz descanse,
le deja dueño de todo,
pero...

ISABEL. Acabe usted.

LUISA. Acabe.

AND. Ya os lo contaré despues;
es fuerza que antes le hable.
El escribano marchaba
hoy á las tres á Getafe,
para enterarse de un pleito
de un pariente de su madre:
por mas que yo le he rogado,
me ha dado razones tales
que he quedado convencido

de que es urgente su viaje.

ISABEL. (Qué será lo de la herencia?)

AND. (Por tierra todos mis planes.)

ESCENA XII.

DICHOS y ENRIQUE; entra muy agitado y hace ver á Don And rés la hora que marca su reloj.

¿Quién ha faltado hoy á quién?
Las tres menos dos, cabales.
Tomo un coche aqui, en la esquina,
llego á la citada calle,
subo, tiro del cordon,
estoy esperando y sale
la fámula al poco tiempo.
¿Don Telesforo Rosales?—
No está en casa: se ha marchado.—
¿Dónde le veré?—En Getafe —
¿No vive aqui?—Si, señor.—
Yo me esperaba encontrarle
pues me ha citado no ha mucho
para un negocio importante.
—En volviendo usted mañana...—
Volveré si es que me place.
En esto salió la esposa,
una señora de carnes
con unos ojos muy chicos
y unas narices muy grandes.
—Caballero, usted dispense;
un asunto interesante
ha obligado á mi marido,
por poco tiempo, á ausentarse.
Usted será don Enrique?
Aqui han estado aguardándole
mi esposo y un caballero
muy bueno y muy respetable.—
Si, señora, si, mi tio.
—Pero pase usté adelante.—
No, señora, tengo prisa.
Me despido y vengo á escape,
antes que la manecilla

el número tres señale.
Ya ve usted que llegué á tiempo,
yo no soy el responsable;
siempre me pasa lo mismo,
yo pago lo que otros hacen.

AND. Á haber andado mas listo
no hubieras llegado tarde.

ENR. Y bien, ¿qué ha sido, en resúmen,
para que usted se alarmase?
Aunque usted no me lo ha dicho,
conociendo su carácter,
sospecho...

AND. Pues no señor.
Tú no puedes figurarte
lo que ocurre...

ENR. Vamos, vamos.
Usted pretende asustarme
y no lo consigue.

AND. Escucha.

ENR. (Á Isabel y á Luisa.)
Ya vereis con lo que sale.
Para sacarme de dudas
quiero que diga usted antes
si soy ó no el heredero.

AND. No hay duda.

ENR. Entonces, ¡qué diantres!
por mucho que sea, al cabo
no ha de ser un mal tan grande...

ISABEL. (No sé qué presentimiento...)

LUISA. No augures mal.

ENR. Adelante.

AND. (Sacando unos papeles.)
Aqui traigo la minuta
que el escribano Rosales
ha sacado con objeto
de que puedas enterarte.

ENR. Ya vereis como no es nada.
Oigamos: quédese aparte
todo aquello que no sea
para el caso interesante.

AND. Estaba buscando el párrafo;
ya lo he encontrado. Escuchadme.

(Lee.) «Dejo por universal heredero de to-
»dos mis bienes á mi ingrato sobrino En-
»rique.»

ENR. Tiene razon; ¡pobre tia!
soy un ingrato, un infame:
en tanto que ella, tan buena,
con un corazon de un ángel!

AND. (Lee.) «Si á mi fallecimiento se hallase ca-
»sado, como espero, se le entregará íntegro
»el capital, y si no lo estuviere no se le ha-
»rá dueño de mi herencia hasta que con-
»traiga matrimonio...»

ISABEL. ¡Ah!

LUISA. (¡Ya!)

ENR. Pues dado por hecho:
ya oyeron ustedes antes.

AND. (Lee.) «Hasta que contraiga matrimonio con
»mi otra sobrina Amparo Ortiz, residente
»en Cádiz, cuyo enlace tenia yo proyectado
»hace tiempo. Tal es mi voluntad.»

ENR. ¡Su voluntad! ¿y la mia?

ISABEL. (¡Perdida ya mi esperanza!)

AND. ¿Qué tal? ¿es cosa de chanza?

ENR. ¡Estaba loca mi tia!
Si dar crédito no quiero...
Buena plaga tengo encima.

ISABEL. Ó te casas con tu prima...

AND. Ó te quedas sin dinero.

ENR. Yo dar mi mano ¡qué horror!
á una... es contra mi conciencia.

ISABEL. Enrique, ¿y la conveniencia?

ENR. ¡Ay, Isabel! ¿y el amor?
¿Ó te has llegado á creer
que tengo tan fria el alma
que pueda unirme con calma
sin amor á una mujer?
Hazme, por Dios, mas favor,
que, aunque he cumplido los treinta,
aun aqui dentro se alienta
un fuego devorador.
Y aunque te rias de mí,
pues si lo callo reviento,

te hago formal juramento
de que á quien quiero es á tí.

ISABEL. ¡Enrique!

ENR. Lo que te digo;
ya no puedo dominarme,
y yo no quiero casarme
si no me caso contigo.
Esta es mi declaracion;
verás qué pronto lo allano.
(Á D. Andrés.)
¿Usted me otorga su mano?
Respuesta sin dilacion.

AND Lo que acabas de decir
era lo que yo anhelaba,
y en esa boda cifraba
tu dicha y tu porvenir.
Mas hoy se trocó tu suerte,
y, como quiero tu bien,
tengo que hacerte un desden
al dejar de complacerte.
Si antes hubieras hablado
hoy mas dichoso serias;
serán aprensiones mias,
pero tú te lo has buscado.
No me quieras convencer
porque ya resuelto estoy.
¡Por qué lo que has dicho hoy
no me lo dijiste ayer!

ENR. ¿Conque es inútil que aguarde
otro fallo? ¡Eso es cruel!
¿Tú qué dices, Isabel?

ISABEL. ¡Por qué has hablado tan tarde!
Entre mi amor y tu bien
no hay duda, tu bien prefiero.

LUISA. (¡Pobre Isabel!)

ISABEL. Ay, no espero
que lo tomes por desden.
Caso tan excepcional
me obliga á tal sacrificio;
eso te dará un indicio
de que no te quiero mal.

AND. Ahora vámonos de aqui.

Nadie por eso se muere.

ISABEL. (¡Que sabiendo que él me quiere
haya de perderle así!) (Vánse.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE.

Me paso en luchas un año
para declarar mi afan
y, al resolverme, me dan
un feo y un desengaño.
¡Yo no sé cómo me extraño
de ese inícuo proceder!
Y me quieren convencer
de que todo hubiese sido
si yo me hubiese atrevido
á confesárselo ayer.
—En gran compromiso estoy,
ó con mi prima me caso,
ó me quedo tan escaso
y tan pobre como soy.
Y es fuerza terminar hoy
esta lucha que me afana.
Si algun medio... ¡Empresa vana!
—Que yo mi fortuna abdique
es muy serio: calma, Enrique,
ya lo pensarás mañana.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, JUANA.

ISABEL. ¿Conque no se ha levantado?
JUANA. Está en la cama hecho un tronco
y ya son mas de las diez.
ISABEL. Siempre el último de todos.
¿Y mi padre?
JUANA. Está en su cuarto
con un caballero gordo
que ha venido muy temprano,
antes que dieran las ocho.
ISABEL. ¿Sabes su nombre?
JUANA. ¿Su nombre?
Se llama don Telesforo.
ISABEL. El escribano.
JUANA. No hay duda:
en cuanto yo le eché el ojo
me lo figuré: al momento
que miro á alguno, conozco...
¡Tengo mucha perspicacia!
Tambien he visto á ese otro

amigo de don Enrique.

ISABEL. ¿Miguel?

JUANA. Pues.

ISABEL. ¿Le has visto?

JUANA. Há poco.

ISABEL. ¿Dónde?

JUANA. Cuando estaba yo
quitando en la sala el polvo,
le he visto desde el balcon.

ISABEL. Vamos, no es tan perezoso
como Enrique.

JUANA. Ya lo creo,
y sabe usted que es buen mozo...

ISABEL. Ya se vé.

JUANA. (Bravo, le gusta.)
(Con intencion.) Y no ha quitado los ojos
de los balcones.

ISABEL. ¿De veras?

JUANA. Pues no ha sido esto tan solo.

ISABEL. ¿Qué mas hay?

JUANA. Que no ha cesado
de dar paseos en todo
el tiempo que ha estado aqui:
y, ó yo mucho me equivoco,
ó tanta insistencia indica...
Mire usted que yo las cojo
al vuelo.

ISABEL. Y bien ¿qué hay de malo?...

JUANA. (No arreglo mal el negocio.)

ISABEL. (He de contárselo á Luisa
á ver si aun duda...) ¡Qué tonto!
¿Á qué son esos paseos,
haciendo el don Juan Tenorio,
cuando puede entrar en casa
con anuencia de todos?

JUANA. Es claro, lo que yo digo.
(Vamos, tengo que hacer poco,
porque ella, por lo que veo,
está mas tierna que el otro.)
(Acercándose al balcon.)
Mírele usted, ahora pasa.

ISABEL. (Lo mismo.) ¿Á ver? Saluda.

(Hace como que contesta al saludo.)

JUANA. ¡Qué airoso
va!

ISABEL. ¿Conque tú lo habias
adivinado ya?

JUANA. Todo.
Y, segun lo que he observado,
no será dificultoso
que al fin y al cabo... haya boda.

ISABEL. No dices un despropósito.

JUANA. Cá, no señora, al contrario.
(¿Qué tal? ¿eh? ¿si me equivoco?)

ISABEL. Déjame ahora y avísame
cuando mi padre esté solo;
y no vayas á hacer público...

JUANA. ¿Yo?

ISABEL. Y aunque ningun estorbo
veo, para que mi padre
se oponga á ese matrimonio,
yo quiero hablarle primero
por si acaso...

JUANA. Pero pronto:
no hay que perder la ocasion
cuando se presenta un novio.
(Esto marcha mas aprisa
que yo imaginaba.)

ISABEL. Noto
que te interesas...

JUANA. No tal:
sino que como conozco...

ISABEL. Vete adentro.

JUANA. (Si, ya entiendo;
desde el balcon... incomodo.
Cuando don Miguel lo sepa
no dirá que no me porto.) (Váse.)

ESCENA II.

ISABEL.

Triste condicion la mia;
reducida, en mi viudez,

á arreglar bodas agenas!
No es muy lucido el papel.
Y todo ¿por qué? Dios mio,
Dios mio, todo ¿por qué?
Porque un hombre que me quiere,
y á quien quiero yo tambien,
se ha estado dias y dias
mudo como esa pared.
¿Y sabiendo que él me quiere
le he de llegar á perder
cuando, solo en un *si* mio
estriba lo que anhelé?
¿Habré de mirar con calma,
los cielos valor me den,
al hombre á quien quiero tanto,
en brazos de otra mujer?
—Nunca, no, nó me es posible,
ni él consentirá, lo sé;
que cuando el amor es grande
se antepone al interés.
—Pero su fortuna estriba
y su porvenir, tal vez,
en esa maldita boda
inspirada por Luzbel...
Nunca, renuncio, es preciso
y me sacrificaré.
Mi padre tambien le ordena
que cumpla el mandato fiel,
y nunca consentiria...
¡Pero si no puede ser!
¿Por qué tu lengua fué muda?
¿por qué no hablaste? ¿por qué?
¡Malhaya sea tu genio!
¡Malhaya mi suerte, amen!

ESCENA III.

ISABEL, ENRIQUE, por la izquierda.

ENR. ¡Calle! ¿estabas aqui sola?
ISABEL. Qué poco madruga usted.
ENR. Si, ya son las nueve y cuarto.

ISABEL. ¿Las nueve y cuarto? Las diez.
ENR. Como me he dormido tarde.
ISABEL. ¿Pues qué te ha pasado?
ENR. ¿Qué?
Nada: pero no estoy bueno.
ISABEL. ¿Te sientes enfermo?
ENR. ¡Pues!
ISABEL. Pero ¿por qué te hallas mal?
ENR. Porque... porque no estoy bien.
Si supieras tú qué noche
he pasado tan cruel ..
dando vueltas y mas vueltas...
¿Entiendes de pulso? ¿á ver?
¿tengo fiebre?
(Presenta el pulso á Isabel y esta se lo toma.)
ISABEL. Segun veo...
ENR. ¿No tengo ardor en la piel?
ISABEL. Yo nada noto.
ENR. ¿De veras?
Pues no puede ser.
ISABEL. ¿Por qué?
ENR. Porque estoy mas abrasado
que debe estar Lucifer.
ISABEL. No te incomodes, Enrique.
ENR. Si estoy tranquilo, ya ves,
te estoy mirando y riéndome.
(Si ahora tuviese un cordel
me ahorcaba.)
ISABEL. (Cómo está el pobre!)
ENR. (¿De qué modo empezaré?)
¿Está en su cuarto mi tio?
ISABEL. Está ocupado con el
escribano.
ENR. ¿El escribano?
¿Don Telesforo? ¡Buen pez!
No le he hablado todavia,
ni conozco á su merced;
me basta para juzgarle
haber visto á su mujer.
Quien se casa con aquello
no puede hacer nada bien.
¿Y á qué ha venido?

ISABEL. Lo ignoro.
ENR. Sin que lo digan lo sé.
Vendrá á remachar el clavo,
á obligar que cumpla fiel
lo que ordena el testamento;
ya lo sabremos despues.
Pero no porque ellos quieran
yo les voy á obedecer,
prefiero morir soltero.
ISABEL. ¿Mas, tu porvenir cuál es?
ENR. Mi porvenir es vivir
al lado tuyo, Isabel.
ISABEL. Pero, Enrique, si ya sabes
que eso...
ENR. ¿Qué?
ISABEL. No puede ser.
ENR. Porque tú no me has querido,
ni me quieres.
ISABEL. Cállate.
ENR. ¿Quién lo impide entonces? Dime.
ISABEL. ¿Quién? Mi padre y mi deber.
ENR. ¡Tú deber! Linda palabra.
ISABEL. ¿Aun me culpas?
ENR. Ya se ve.
ISABEL. Cuando ves mi sacrificio.
ENR. ¿Sacrificio tú? ¡Pardiez!
ISABEL. ¿No estás viendo que pospongo
mi cariño á tu interés?
ENR. ¿Tu cariño? Si existiese
no serias tan cruel.
ISABEL. ¡Calla, Enrique!
ENR. Si no quiero.
ISABEL. Por favor.
ENR. ¿Cómo creer?...
ISABEL. No me culpes, ¡ay!
ENR. ¡Ingrata!
ISABEL. ¿Con que ingrata?
ENR. Claro es.
ISABEL. ¿En qué fundas ese ultraje?
ENR. En tu falso proceder.
ISABEL. No esperaba que en tu pecho
encerrases tanta hiel.

ENR. De que es falso lo que he dicho
tú me puedes convencer.
ISABEL. Pronta estoy.
ENR. Dame una prueba.
ISABEL. ¿Una prueba? ¿Dí, cuál es?
ENR. Que tu cariño me entregues.
ISABEL. Ya lo tienes.
ENR. No lo sé.
Si eso es cierto, tu cariño
con tu mano he de obtener.
ISABEL. ¿Otra vez en ello insistes?
ENR. Otra vez y veinte y cien.
ISABEL. ¡Ay, Enrique!
ENR. ¿Qué respondes?
Habla, dime.
ISABEL. Déjame.
(Hace ademan de irse, Enrique la detiene.)
ENR. No te dejo yo entre tanto
que respuesta no me des.
ISABEL. Ya lo sabes, ya lo dije.
ENR. ¿Con que no?
ISABEL. ¡No puede ser!
ENR. Basta, calla: he sido un necio
que, insensato, imaginé...
Ya no vuelvo mas á hablarte
ni te vuelvo mas á ver...
He de seguir tu consejo,
conozco que es por mi bien;
me he de casar con mi prima,
y muy pronto, en este mes,
y hemos de ser muy felices
mucho, mucho. ¡Qué placer!
Ahora estoy lleno de gozo;
presumo que tú tambien.
¿No es verdad que estás contenta?
Me has logrado convencer,
y tanto el gozo me embarga
que al cabo reventaré.
ISABEL. (¿No es horrible que esto oyendo
me tenga que contener?
Vamos dentro y evitemos ..
porque si ahora callé,

no respondo de mí misma
si vuelve...) Adios.

ENR. (Al irse Isabel.) Vete: bien.
(Váse Isabel por la derecha.)
¿Qué me extraña? ¿qué me extraña?
¡Al fin y al cabo, mujer!

ESCENA V.

ENRIQUE.

¡Ay, tia de Belcebú,
ya de tu herencia reniego!
¿De qué sirve á mi sosiego
todo el oro del Perú?
¡Ingrata! no sé por qué
en su cariño creia...
¡Ay, usté se ha muerto, tia,
y á mí me ha matado usté!
Y aun querrán que me reprima
y que obedezca... primero
consiento en morir soltero
que en casarme con mi prima.

ESCENA V.

ENRIQUE, MIGUEL.

MIGUEL. Felices
ENR. Adios, Miguel.
MIGUEL. ¿Qué te pasa? te hallo triste.
Ya caigo; no conseguiste
ver al escribano aquel...
ENR. No es eso.
MIGUEL. Pues no adivino
qué pena ó dolor te agobia.
¿Estás pensando en qué novia
te deparará el destino?
No te impacientes, Enrique,
si eso causa tu desvelo,
prepara bien el anzuelo,
que no faltará quien pique.
Uno es fuego, ellas estopa...

¡Qué diablos!... Ayer llegué,
ya sabes lo que te hablé
pues hoy marcho viento en popa.
Ya tengo novia y muy bella,
yo no pierdo la ocasion;
hice mi declaracion
y ya me entiendo con ella.
Ya lo ves, no me descuido;
á salir pronto del paso:
la pido al padre, me caso
y negocio concluido.

ENR. Eso es casarse al vapor.

MIGUEL. Ya sabes que es mi sistema.
Tú tienes siempre una flema...
y al fin haces lo peor.
Pues casarme me interesa,
á hacerlo pronto me obligo.

ENR. ¿Quién es ella?

MIGUEL. No lo digo:
quiero darte una sorpresa.

ENR. ¿La conozco acaso?

MIGUEL. Si.

ENR. Alguna antigua conquista...
¿La Julia? graciosa y lista.

MIGUEL. No.

ENR. ¿La Inés?

MIGUEL. Tampoco.

ENR. ¿Dí?

MIGUEL. Quiero guardar el secreto;
algun dia lo sabrás.

ENR. Bien, tus razones tendrás
y tus misterios respeto.

MIGUEL. Y á tí ¿qué mal te atosiga
para esa cara que pones?

ENR. Tengo muy graves razones,
no hay reparo en que las diga.
No será el relato largo;
bástete saber, Miguel,
que en el testamento aquel
hay una novia de encargo.
Juzga de la suerte mia;
esa novia es para mí,

porque lo dispuso asi,
cuando testaba, mi tia.

MIGUEL. Se ven casos tan extraños...
mas tú ¿la conoces?

ENR. No:
si es una prima á quien yo
no he visto en veinte y tres años.
Dime ahora si en conciencia
no hay razon para que gima,
y, ó me caso con mi prima,
ó me quedo sin herencia.

MIGUEL. Conozco que el caso es grave,
que no es cosa de perder...
Y tú ¿qué piensas hacer?
Cásate, chico; ¿quién sabe?...
Todo el dinero lo allana
y ganas en la partida.

ENR. Si, es fuerza que me decida,
y no pasa de mañana.

MIGUEL. Tal vez sea tu destino
quien tal mujer te depara.
No siendo fea su cara...

ENR. No digas tal desatino.
Aun cuando fuera un portento
no puedo amarla.

MIGUEL. ¿Por qué?

ENR. Porque...

ESCENA VI.

DICHOS y JUANA.

JUANA. Le esperan á usté
almorzando.

ENR. Si, al momento...

MIGUEL. Vete.

JUANA. (¡Don Miguel aqui!)

MIGUEL. No te retardes.

ENR. Ya voy.
(Al irse.) Un veneno es lo que hoy
quisiera yo para mí. (Váse.)

ESCENA VII.

MIGUEL, JUANA.

JUANA. ¿Qué tal?
MIGUEL. Bravo, te has portado;
haces muy bien tu papel.
JUANA. Ya ve usted que cumplo fiel
lo que me tiene mandado.
Toda la conversacion
ha sido de usted.
MIGUEL. ¡Juanita!
JUANA. Yo dije á la señorita
que se asomase al balcon.
Le hice notar la insistencia
con que usted se paseaba,
y á cada instante le hablaba
de su gallarda presencia.
Le dije la proporcion
que era usted para marido,
y por último ha tenido
que hacerme la confesion.
MIGUEL. ¿Qué confesion?
JUANA. Toma, es llano;
que usted le gusta tambien:
no tema usted un desden
cuando la pida su mano.
MIGUEL. Yo no sé lo que me pasa.
JUANA. Y sin andarse en rodeos
dijo: ¿á qué son los paseos
cuando puede entrar en casa?
MIGUEL. ¿Eso dijo?
JUANA. Me encargó
que hasta hablar á don Andrés,
no supiese nadie...
MIGUEL. Pues,
piensa lo mismo que yo.
Oh, te has portado esta vez.
JUANA. Favor que usted... es mi oficio.
MIGUEL. No pagaré tu servicio
como la esposa del juez.

JUANA. ¿Qué quiere usted? con ardid...
Yo vivo en estas intrigas.
MIGUEL. Haré que pronto consigas
ver á Pascual en Madrid.
Y si salgo con mi intento
no ha de vivir tan esclavo;
yo haré que le nombren cabo.
JUANA. Ay, no.
MIGUEL. ¿Quieres mas? Sargento.
No te gustara...
JUANA. Si tal.
Es que...
MIGUEL. Dilo sin rebozo.
JUANA. Mire usted, él es buen mozo,
pero se cae de animal.
Y despues de accion tan charra
como conmigo ha hecho él ..
Lo que tiene es... mucho aquel
cuando toca la guitarra.
Llaman: voy, que don Andrés
me regañará quizás.
MIGUEL. Dáme un abrazo.
JUANA. ¿Eso mas?
(Dejándose abrazar.)
¡Vaya!
MIGUEL. Adios.
JUANA. Hasta despues.

ESCENA VIII.

MIGUEL.

Esta chica es un portento:
qué bien á mi plan se aviene.
Oh, se conoce que tiene
para estas cosas talento.
Dios me protege y me ayuda:
no sé qué secreto influjo,
para mi dicha, me indujo
á cortejar á la viuda.
Y viuda tan bien tratada...
el que mucha fruta muerde

siempre desdeña la verde
por la que está sazonada.

ESCENA X.

MIGUEL, LUISA.

LUISA. (Él aquí solo: veremos
si son ciertos los informes:
á Isabel ya se lo ha dicho;
¿á qué callármelo entonces?)
MIGUEL. ¡Luisita!
LUISA. Felices dias.
(La ocasion viene de molde.)
Mucho ha madrugado usted.
MIGUEL. ¿Madrugar? no, son las once.
Yo me levanto temprano;
costumbres de mis mayores.
LUISA. Y yo tambien, porque tengo
que repasar mis lecciones
de piano.
MIGUEL. Pues me retiro,
no sea que á usted estorbe.
LUISA. Cá! no, señor, al contrario;
ya he estudiado. (¡Ay, Dios, qué torpe!
Dicen que tiene que hablarme;
si es cierto, no se conoce.)
MIGUEL. ¿Y qué es lo que estudia usted!
LUISA. Ahora estoy con los *Dos Foscaris*.
MIGUEL. Ah; si; qué lindo es aquello...
(Tarareando.)
LUISA. Muy lindo. (Y ahora se pone
á cantar.) Si quiere usted
que acompañe... (Con enfado.)
MIGUEL. No se tome
la molestia; y ademas,
no sé ni una nota.
LUISA. Entonces...
MIGUEL. Tarareo como muchos.
Pero usted, segun informes,
tiene muy bonita voz.

LUISA. Amigos aduladores
le habrán dicho.
MIGUEL. No, Luisita;
cuando en ello estan acordes
todos los que á usted escuchan...
LUISA. Puede ser que se equivoquen.
MIGUEL. No se engañan: que quien tiene
dos ojos como dos soles,
y un alma tan candorosa
cual la que su pecho esconde,
debe de cantar lo mismo
que cantan los ruiseñores.
(Adios, ya no me acordaba...
si Isabel me acecha y oye...)
LUISA. (Ya empieza, gracias á Dios.)
(Con gazmoñeria.)
¿Quiere usted que me sonroje?
Mire usted que no son tantas
ni tales mis perfecciones...
MIGUEL. (Confuso.) Tiene usted razon, es cierto:
no es usted... (Dios me perdone,
¿qué he dicho?) ¿Usted se ha ofendido?
¿No es verdad?
LUISA. (¡Ay Dios, qué golpe!)
(Queriendo contener las lágrimas.)
No señor, yo no me ofendo.
MIGUEL. Usted es linda y es jóven,
y está muy bien educada
y tiene muy buenas dotes,
y su papá es un sujeto
muy apreciable y muy noble...
(En viendo una linda cara
me olvido de... y buenas noches.)
LUISA. Ya sé yo que no merezco
que usted me diga esas flores;
harto sé que valgo poco.
MIGUEL. Ay, pido á usted mil perdones;
yo no he querido decir
lo que he dicho... (Soy un zote!)
LUISA. (¿Por qué me habrán consentido?
Aun me van á hacer que llore.)
MIGUEL. (Calle, se enjuga las lágrimas.

No tengo el alma de bronce
para mirar impasible...)
Luisa, venga usté á razones;
he injuriado á usted, es cierto,
hablando cometí errores;
créame usted, no sabia
lo que me decia entonces.

LUISA. Usted habla lo que siente
y eso está muy en el órden.
Si sé que usted no ha podido
verme nunca.

MIGUEL. ¡Por san Jorge!

LUISA. Si usted como Enrique, tiene,
ay, de nosotras las pobres
mujeres, tan mal concepto...

MIGUEL. Esas son suposicioues,
porque si supiera usted
lo que aqui dentro se esconde...

LUISA. ¿Qué?

MIGUEL. Pregunte usted á Isabel
cuáles son mis intenciones,
cuáles mis proyectos son.

LUISA. Presumo...

MIGUEL. ¿Usted los conoce?

LUISA. Me ha dicho...

MIGUEL. Si usted lo sabe
¿por qué me acrimina entonces?
¿Me guarda usted aun rencor?

LUISA. (Si yo no entiendo á este hombre.)

MIGUEL. Si no olvida mis palabras
va usted á hacer que me arroje
á sus pies, y no me mueva
hasta que el perdon me otorgue.
(Arrodillándose.)
Aqui me tiene usted ya.

LUISA. Alce usted.

MIGUEL. No, quieto, inmóvil
me estoy aqui, mientras tanto...

LUISA. Le perdono á usted.

MIGUEL. (Besando la mano á Luisa.) Conforme.

ESCENA X.

DICHOS, ISABEL, que aparece en el momento en que MIGUEL besa la mano á Luisa.

ISABEL. Bravo, no hay que levantarse.
MIGUEL. (Cielos, me cogió de golpe.)
Crea usted que yo...
ISABEL. Comprendo.
LUISA. Tú pensarás...
ISABEL. (Á Luisa.) No te enojes.
MIGUEL. (Ay, debo de haberme puesto
de veinte y cinco colores.)
Mire usted. (Á Isabel)
ISABEL. Si yo no exijo
que me dé satisfacciones.
MIGUEL. (Se ha picado, Dios eterno!)
LUISA. Lo que has visto...
ISABEL. (A Luisa.) No te azores.
(¿Qué tal? ¿No te lo decia?)
MIGUEL. Comprendo que á usted asombre
mi postura, pero, juro
que no son mis intenciones...
ISABEL. ¿Á qué vienen esas frases?
si yo, en todo estoy conforme.
MIGUEL. Es que usted creerá, sin duda...
ISABEL. Que estaba hablando de amores
á mi hermana.
MIGUEL. (¡Dios eterno!)
ISABEL. No creo que se equivoquen
mis ojos, y en lo que he visto
fundo mis suposiciones.
MIGUEL. Pues ni es cierto lo que ha visto
ni es verdad lo que supone,
que ni yo he faltado en nada,
ni Luisa ha sido mi cómplice.
ISABEL. (Á Luisa.) (¿Sabes que voy presumiendo
que su juicio no está acorde?)
LUISA. (Yo bien decia, por fuerza.
MIGUEL. Y para que usted no forme
tan mal concepto de mí,

haré lo que está en el órden.
Suspenda usted sus sospechas
hasta saber mis acciones.
Hasta luego. (Váse por el foro.)

ISABEL. Hasta la vista.
Lo dicho: es loco este hombre.

ESCENA XI.

ISABEL, LUISA.

ISABEL. ¿Quieres explicarme tú
cuáles son sus intenciones?

LUISA. Yo solo sé que entre todos
soy la víctima á la postre,
y que Miguel no me quiere,
y que es un delito enorme
burlarse tan sin motivo
de mí.

ISABEL. Pero...

LUISA. Aunque soy jóven,
no me gusta que ninguno,
por gracia de mí se mofe.
Á no seguir tus consejos
no sufriera esos sofiones.

ISABEL. ¿Es decir que soy la causa?...
Pero Luisa...

LUISA. (Yéndose.) ¡Ay, hombres, hombres!

ISABEL. ¿Dónde vas? escucha.

LUISA. Déjame.
(Tienen el alma de bronce.)
(Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

ISABEL.

Yo que complacerla anhelo
soy quien sufre su desvio...
Ó Miguel se ha vuelto lelo,
ó no lo entiendo, Dios mio.
Tan apasionado aqui

cuando mi auxilio imploró...
que yo bien claro lo oí
y él bien claro se expresó.
Si su amor, como me dijo,
es santo y puro y sincero,
¿por qué me inquieto y aflijo?
Él cumplirá como espero.
¿Qué amores no causan penas?
¿Quién libre está de manias?
—Con las cuestiones agenas
voy olvidando las mias.
Si es que en Miguel no hay mudanza
cumplirá lo que ha ofrecido:
Luisa tiene una esperanza,
yo, todas las he perdido.
¿Hay mujer mas desgraciada
en este mundo que yo?
¿Quién, al ser solicitada,
á quien ama dará un no?
¡El sacrificio es cruel...
antes luchando, vencí:
haga Dios no insista él
y el no se convierta en sí.
Sabiendo mi sacrificio,
aun el ingrato me infama
y dice, ha perdido el juicio,
que su Isabel no le ama!
¡Paciencia! Pero, aqui está:
no sé si tendré valor...
Por si acaso, mas valdrá
no vernos, es lo mejor. (Váse.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, D. ANDRÉS, por la derecha.

AND. Se ha marchado hace un momento.
ENR ¿Es cierto? ¿Usted no me engaña?
AND. Hay una cláusula extraña
al final del testamento.
Con su premura de ayer
apenas me pudo hablar,

y hoy me ha venido á buscar
para hacérmelo saber.

ENR. ¿Y usté espera que me exima?

AND. Aunque muy en lontananza,
nos queda alguna esperanza;
que esté casada tu prima.

ENR. ¡Dios lo quieral

AND. Si es asi,
el párrafo está bien claro:
el quinto á tu prima Amparo,
y lo demas para tí.

ENR. La duda me desespera,
y es un tormento fatal...
verá usted para mi mal
como se encuentra soltera.

AND. Puede que...

ENR. No hay duda, no.

AND. Pero ¿qué tendrá de extraño?

ENR. Yo sé que estaba hace un año
tan soltera como yo.
Lo sé por una persona
que la vió en Cádiz.

AND. ¿Y bien?

ENR. Y me aseguró tambien
que ya estaba muy jamona.
Aunque en su tiempo fué bella;
con los años que han pasado...
¿cómo ha de haber encontrado
quien apechugue con ella?

AND. Pues mira, si tú me ayudas
pronto sabremos...

ENR. Conformes.
¿Y cómo?

AND. Pidiendo informes
para salir de estas dudas.

ENR. Verá usted si soy activo:
en Cádiz está Guzman,
que ha salido á capitan;
mañana mismo le escribo.

AND. Que me place por quien soy
tu actividad.

ENR. Pues no veo...

AND. ¿Mañana, y por el correo?
ENR. ¿Pues cuándo quiere usted?
AND. Hoy.
ENR. Lo mismo da, que el retraso
no es tan grande; en fin, corriente:
voy á escribirle. (Haciendo ademan de irse.)
AND. Detente.
¿No se te ocurre otro paso?
¿No está el telégrafo?
ENR. Es cierto,
y yo sin llegar á ver...
En horas puedo saber
si soy venturoso ó muerto.
Diré á mi amigo: «contesta
al parte sin dilacion;»
y me estoy en la estacion
hasta saber la respuesta.
¿Qué tal, dirá usted despues
como me dijo usted antes
que aun las cosas importantes
las miro sin interés?
Verá usted como me porto.
(Echa á andar, y al oir á D. Andrés vuelve otra vez á la escena.)
AND. En coche irás mas ligero.
ENR. ¿En coche? no tal, prefiero
andar; el camino es corto.
¡Qué peregrina invencion
la del telégrafo! hoy dia
á cien leguas se podria
estar en conversacion.
Mando un parte hoy á Guzman
que está en Cádiz, é igual fuera,
para que hoy me respondiera,
que estuviese en Amsterdan.
¿No es verdad que esto es pasmoso?
AND. Ya se ve; mas lo primero
es que tomes el sombrero
y no seas perezoso.
ENR. ¿Perezoso? por quien soy,
ya no me faltaba mas.
AND. Como urge el tiempo y te estás

aqui...

ENR. Pero ya me voy.

(Da unos cuantos pasos y vuelve otra vez á la escena.)

Aun es fácil que allí aguarde
como otras veces que fuí:
no tenga usted miedo, allí
no se llega nunca tarde.
Siempre está abierto el despacho
y, por si acaso, ademas
tengo un amigo... Tomás
Sarmiento; muy buen muchacho.
Le debe usted conocer;
un aragonés francote,
ojos negros, gran bigote...
¡Qué preciosa es su mujer!
Ayer la vi paseando.

AND. Enrique, el tiempo se pasa,
debieras estar en casa
de vuelta.

ENR. Ya estoy andando.

(Repitiendo el mismo juego de antes.)

Y no es tanta la premura.

AND. Vamos, me asombra tu calma.

ENR. ¡Jesus, qué genio!

AND. ¡Y qué alma!

ENR. Usted por todo se apura.
¿Cierran la estacion acaso?
¿no estoy dispuesto á salir?
¿pues qué mal ha de venir
por un poco de retraso?
Nadie tendrá tanto afan
como yo.

AND. Pues anda, vé.

ENR. Válgame Dios, ya olvidé.

AND. ¿Qué?

ENR. Las señas de Guzman.

AND. Y es lo que mas interesa.

ENR. La situacion no se agrava,
las cartas en que me las daba
está encima de mi mesa.
Verá usted, nada me cuesta...

AND. ¿Y en seguida te vas?

ENR. Si.
Yo no he de volver aqui
sin que traiga la respuesta.
(Entra en su cuarto.)

ESCENA XIV.

D. ANDRÉS, JUANA.

JUANA. (Calle, se fué don Miguel.)
AND. Mira, avisa... pero no,
mejor es que vaya yo
á contárselo á Isabel. (Váse.)

ESCENA XV.

JUANA.

No se qué, pero algo pasa,
y por todo lo que advierto
me figuro... ¿será cierto
que don Enrique se casa?

ESCENA XVI.

JUANA, ENRIQUE en traje de calle.

ENR. Ya la tengo en el bolsillo,
no dirá usted que he tardado.
Se fué: pensé que mi tio
aun me estaba aqui esperando.
JUANA. Si quiere usted que le avise
pronto voy...
ENR. No es necesario,
Adios. (Echa á andar y vuelve.)
Ah, mira, le dices
que no se inquiete si tardo,
pues no vuelvo sin que traiga
el telégrama en la mano.
JUANA. ¿Cómo ha dicho usted? el tele...
¿Tiene que ver eso algo
con los alambres?...

ENR. Si, justo.
JUANA. Ya lo entiendo, el telegráfo.
ENR. Pues.
JUANA. ¿De qué le da á usted risa?
ENR. De que no lo eres tú malo.
JUANA. ¿De veras? pues si es asi
yo no puedo remediarlo.
ENR. (Mirando embebido á Juana.)
¿No tienes novio?
JUANA. ¿Por qué
lo pregunta usté?
ENR. Está claro,
por saberlo.
JUANA. Pues lo tengo:
usté y yo nos encontramos
iguales.
ENR. ¿Y quién te ha dicho?...
JUANA. ¿Se figura usted acaso
que soy tonta? y sé tambien,
ya ve usted si estoy al cabo,
que la novia es rica. ¿Es cierto?
ENR. Si, es bastante rica... (en años).
JUANA. Pues me alegro, señorito.
ENR. Gracias.
JUANA. Asi no es extraño
que esté usté alegre.
ENR. ¿Yo alegre
cuando estoy dado á los diablos?
Si por no perder la herencia
piensan que he de ser tan blando
que sin saber cómo es
he de entregarla mi mano,
se engañan: no se figuren
que soy tan alma de cántaro;
me casaré si me gusta,
pues; y si no, no me caso.
JUANA. Válgame Dios; no comprendo
por qué se apura usted tanto:
los duelos con pan son menos,
como dice aquel adagio;
y si hoy no la quiere usted,
con el tiempo quizá... ¿estamos?

Mire usted, yo tengo un novio
en Aranjuez, Pascual Ramos,
asi se llama, y conozco
que es muy bruto, ¿á qué negarlo?
Cuando él empezó á quererme
no le hacia ningun caso,
y me convidaba á horchata
y me compraba torraos,
y yo siempre le ponia
al pobre cara de palo.
Pero un dia que salí
con una amiga, pasamos
por la puerta del cuartel,
porque Pascual es soldado,
y acercándonos á un corro
lo que pasaba miramos.
¿Y qué dirá usted que ví,
señorito?

ENR. Phs, no caigo...

JUANA. Me ví en medio á mi Pascual
con la guitarra en la mano;
todos estaban oyendo
y él tocando y mas tocando,
con un aquel... que á no oirlo
es imposible explicarlo.
Á mí, que siempre la música
me ha gustado tanto y tanto,
calcule usted el efecto
que me haria al escucharlo.
Desde entonces, lo confieso,
fué mi corazon mas blando
para con él, y le quise
y le quiero.

ENR. Pues no alcanzo
qué tenga que ver mi novia
con...

JUANA. La respuesta al canto:
que á veces entra el amor
cuando menos lo pensamos.

ENR. Calla, calla; con oirte
me olvido de... doce y cuarto.
(Mirando el reloj.)

Tendré que tomar un coche,
y aunque hay tiempo... (Echa á andar.)

JUANA. Es que han tocado
á casarse en esta casa.

ENR. (Volviendo á la scena.)
¿Cómo? ¿qué has dicho? habla claro.
¿Quién otro se casa?

JUANA. Vaya,
qué, ¿no está usted enterado
por don Miguel?...

ENR. ¿Tambien sabes?...

JUANA. ¿No ve usted que yo las cazo
al vuelo? y, aunque no hubiese
sido conmigo tan franco,
por muchas cosas que he visto
ya lo hubiese adivinado.

ENR. ¿Qué has visto?

JUANA. Buena pregunta:
¿quiere usté hacerse el extraño
cuando, siendo amigo suyo,
le habrá puesto á usted en autos?

ENR. Tú me estás hablando en griego.

JUANA. No sé mas que el castellano.

ENR. Pues no entiendo lo que dices.

JUANA. ¿De veras?

ENR. Como te hablo.

JUANA. Pues mire usted, señorito,
aunque contra su mandato,
con tal que guarde silencio
no me importa revelárselo.
Sepa usted, que á no poner
don Andrés algun obstáculo,
muy pronto usted y su amigo
serán parientes cercanos.

ENR. ¿Miguel?

JUANA. El mismo.

ENR. Ya estoy.
Y él trataba de ocultármelo...

JUANA. Pero...

ENR. ¿Conque es á mi prima
á quien dirige sus dardos?
Luisa estará muy contenta

porque Miguel era santo
de su devocion. Me alegro;
al fin es un buen muchacho.
¿Te lo habrá contado Luisa?

JUANA. ¿Pero, qué está usted hablando?
si no es esa.

ENR. ¿Pues quién es?

JUANA. ¿Quién ha de ser?

ENR. (¡Cielo santo!)

JUANA. La señorita Isabel.

ENR. Mientes.

JUANA. (¡Ay, Dios, ¿qué le ha dado?)
Señorito, yo no miento;
lo que he dicho á usté es exacto,
y lo sé porque á ellos mismos
lo he escuchado de sus labios.

ENR. ¿Isabel te ha dicho?

JUANA. Justo.
Y don Miguel otro tanto,
que los dos se quieren, toma,
y á juzgar por su relato
tratan que don Andrés
sepa lo que está pasando.

ENR. (¿Cabrá tanta infamia en ella?)
por eso él quiso callármelo
y ella á mí me respondia,
¡no puede ser! está claro.

JUANA. (Sospecho que tiene celos.)
Señorito, ¿está usted malo?

ENR. (Y yo necio, que creia!...
Si es mujer, al fin y al cabo...
¡Que no creyendo en ninguna
aun me suceda este chasco!)
Yo no sé porque me apuro.)

JUANA. (Habla solo, no me engaño.)

ENR. ¿Qué tal? con qué disimulo
los dos han ido arreglándolo...

JUANA. Pero usted no me descubra.

ENR. Despues de tal desengaño
¿qué puedo esperar? Ya todas
mis esperanzas volaron.
Ahora Dios haga que esté

soltera mi prima Amparo.
Adios. (Váse precipitadamente por el foro.)

JUANA. Pero, señorito...
Va mas ligero que un rayo.

ESCENA XVII.

JRANA.

Parece que la noticia
no ha sido muy de su agrado.
¿Tiene celos de su amigo?
¡Lo que voy averiguando!

ESCENA XVIII.

JUANA, ISABEL.

ISABEL. ¿Se fué ya Enrique?
JUANA. Se fué.
ISABEL. (Su vuelta aguardo impaciente.)
JUANA. Dijo que un negocio urgente
le obligaba...
ISABEL. Ya lo sé.
JUANA. No es cosa para extrañarse;
tantos quehaceres tendrá...
es natural; como está
en vísperas de casarse...
ISABEL. ¿Tambien llegó á tí?
JUANA. ¿Pues no?
ISABEL. Misterio en eso no cabe.
JUANA. Lo que todo el mundo sabe
¿pudiera ignorarlo yo?
Pero el pobre está que trina
con el proyectado enlace,
pues ni la novia le place
ni el dinero le alucina.
ISABEL. Y tiene mucha razon;
casarse contra su gusto
no me parece que es justo.
JUANA. Mas tambien la proporcion
no es para dejar que pase...

yo no he tenido reparo
en decirle...

ISABEL. ¿Tú?

JUANA. Está claro.

ISABEL. ¿Qué le has dicho?

JUANA. Que se case.
Yo siempre las cosas claras;
si no sé hablar de otra suerte.

ISABEL. ¿Y quién te manda meterte
en camisa de once varas?

JUANA. Era darle un buen consejo...
digo... me parece á mí...
yo al menos lo hiciese asi
si me hallase en su pellejo;

ISABEL. ¿Y sabes tú, por ventura,
si el amor á otra mujer?...

JUANA. Bah, ¿pues no lo he de saber?

ISABEL. Habla.

JUANA. ¿Á usted se le figura?...
Confieso á usted francamente
que yo no me lo esperaba,
y, ó mucho nos lo ocultaba,
ó le ha entrado de repente.

ISABEL. Di lo que sabes de él.

JUANA. Que está el pobre, esto es chistoso,
enamorado y celoso.

ISABEL. ¿Celoso?

JUANA. De don Miguel.

ISABEL. ¡Tú estás soñando!

JUANA. ¿Yo? no,
que bien despierta me siento.

ISABEL. Pero si no hay fundamento...

JUANA. Eso es lo que digo yo.
Y como tiene perdida
toda esperanza ¿qué medio?
no le queda otro remedio
que aceptar su prometida.

ISABEL. (Eso se verá despues.)

JUANA. (Ya he desenredado el lio.)

ISABEL. (¿Que ama á Luisa? ¡desvario!
¡imposible!)

JUANA. Don Andrés.

ESCENA XIX.

DICHOS, ANDRÉS.

ISABEL. (No será malo que ahora
sepa que Miguel y Luisa...)
AND. (Á Juana.) En viniendo Enrique, avisa.
ISABEL. No te olvides.
JUANA. No, señora. (Váse.)

ESCENA XX.

ISABEL, D. ANDRÉS.

AND. Inquieto estoy, la verdad,
por saber el resultado...
ISABEL. (¿Quién á Juana le ha contado?...
si es todo una falsedad.)
AND. Si es propicia la respuesta,
mi proyecto, al fin, veré
cumplido.
ISABEL. No sé por qué
temo que ha de ser funesta.
AND. No mas augurios fatales,
que, sin saber lo que pasa,
no veo mas en mi casa
que caras sentimentales.
Ha poco á Luisa me hallé
que estaba en llanto anegada;
la digo ¿qué tienes? Nada:
respondió. ¿Sabes?...
ISABEL. Lo sé.
Cuando á una niña entre el tédio
y á solas busca llorar,
bien se puede asegurar
que el amor anda por medio.
AND. ¿Qué es lo que diciendo estás?
ISABEL. ¿Hay algo de extraño en eso?
¿No es ella de carne y hueso
como somos las demás?
AND. ¿Conque tambien?

ISABEL. Ya se ve.
Y es un partido excelente.
AND. ¿Conoces al pretendiente?
ISABEL. Le conozco como usté.
AND. ¿Quién es?
ISABEL. Miguel.
AND. ¿El amigo
de Enrique? ¡Válgame Dios!
¿Por qué han tenido los dos
tanta reserva conmigo?
Si fuese un padre tirano...
pero no soy tan cruel...
ISABEL. Por eso espera Miguel
que usted le otorgue la mano...
AND. Y concedida la tiene,
su pretension no defraudo,
antes celebro y aplaudo
boda que á Luisa conviene.
ISABEL. (No dirá luego mi hermana
que no abogo en su provecho.
No está demás lo que he hecho
por si es verdad lo de Juana.)

ESCENA XXI.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Ya está don Enrique aqui.
AND. ¿Estás segura?
JUANA. Si tal.
Vi que entraba en el portal.
AND. Si aun no hay tiempo.
ISABEL. Tal vez si.
(Se oye un campanillazo.)
JUANA. ¿No oye usted? Ya está llamando:
voy á abrir.
ISABEL. Corre, despacha.
JUANA. (¡Qué prisa!)
ISABEL. Pero, muchacha!
JUANA. Ya voy. (Váse.)
ISABEL. Que estará esperando.

ESCENA XXII.

ISABEL, D. ANDRÉS y ENRIQUE, que viene muy agitado con un papel en la mano.

AND. (Si no puede ser.)
ISABEL. Él es.
(Isabel y D. Andrés salen á recibirle, manifestando en sus palabras la impaciencia en que estan.)
Y trae el pliego en la mano.
AND. ¿Tan pronto?
ISABEL. Enrique, es en vano
que te oculte mi interés...
Activo esta vez ha sido.
Pero, habla.
ENR. Voy al momento,
porque vengo sin aliento
de tanto como he corrido.
AND. Bien, tú puedes descansar
y yo leo. (Queriendo tomarle el pliego.)
ENR. Inútil, tio,
porque este parte es el mio
que no ha podido marchar.
AND. ¿Qué has dicho?
ENR. Ya usted lo oyó.
AND. Por fuerza te estás burlando.
ISABEL. Es que se está bromeando.
ENR. (Mirando á Isabel con enojo.)
Para bromas estoy yo.
Eramos allí un enjambre;
todo inútil y excusado;
segun dijo un empleado
estaba roto el alambre.
Busco á mi amigo Sarmiento
para enterarme del caso,
y dice. «Es cierto el fracaso,
se ha roto en este momento.
Hace poco todavia,
el parte hubiera salido.»
AND. ¿Luego, en quién ha consistido?
ENR. ¿Pues, la culpa será mia?

ISABEL. Y yo que impaciente aqui
esperaba...
ENR. ¿Tú?
ISABEL. Si, yo.
ENR. ¿Y que yo me case ó no (Con enojo.)
qué es lo que te importa á tí?
ISABEL. ¡Enrique!
ENR. ¡Calla!
ISABEL. ¿Qué calle?
No te entiendo, tú estás loco.
ENR. Mira que me falta poco,
Isabel, para que estalle.
AND. Su impaciencia es natural,
y tu enojo no comprendo.
ENR. Si estoy, ya lo está usted viendo,
tan tranquilo y tan jovial.
AND. Eso prueba el interés
que ambos tenemos por tí.
ISABEL. (No hay duda, algo pasa aqui
y yo no sé lo que es;
pues si él quisiera á mi hermana...)
Ese enojo no concibo:
¿puedes decirme el motivo?...
ENR. Ya te lo diré mañana.
ISABEL. Pero Enrique...
ENR. Es excusada
tu obstinacion.
ISABEL. ¿Tú conmigo?...
ENR. (¡Infame!) Solo te digo...
ISABEL. Habla.
ENR. Que no ignoro nada.
ISABEL. ¿Pero que es lo que no ignoras?
ENR. Haces muy bien tu papel.
¿Te lo ha ensayado Miguel?
AND. ¿Vais á disputar dos horas?

ESCENA XXIII.

DICHOS y JUANA.

JUANA. Don Telesforo, que al punto
espera á usted en su casa. (Á Enrique.)

AND. ¿Qué puede ocurrir? ¿Qué pasa?
El llanto sobre el difunto.
Márchate.
ENR. ¡Fuerte mania!
Mañana iré.
AND. Por supuesto.
ENR. Ese señor se ha propuesto
no dejarme en todo el dia.
AND. Si te interesa...
ENR. Es en vano:
ya no me muevo de aqui.
AND. Tendré que hacerlo por tí.
ENR. ¡Reniego del escribano!
JUANA. (Segun las caras, sospecho
que ya estalló el trueno gordo.)
AND. Pero Enrique...
ENR. No estoy sordo.
ISABEL. (¡Si le está ahogando el despecho!)
(Pronto sabré por mi hermana...)
AND. Si es tu asistencia precisa...
ENR. No tenga usted tanta prisa:
¡lo mismo es hoy que mañana!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, mirando por el balcon.

¿Á ver? ¿será aquel? Tampoco.
Se para y saca el pañuelo...
Si es el oficial que ronda
á la del cuarto tercero.
Todas tienen mas fortuna
que yo: ¡esto es mucho cuento!
Isabel antes le ha visto
que estaba dando paseos
por la calle... ¿en qué consiste,
señor, que yo no le veo?
Segun dicen él me quiere,
pero su amor no comprendo;
tres horas há que se fué,
quedó en volver, y no ha vuelto.
El que pudiera decirme
lo que hay de verdad en esto
es Enrique: como amigo
debe estar en sus secretos;
pero el pobre, con la boda,
hoy tiene un humor tan negro,
que se ha encerrado en su cuarto

y ni aun á hablarle me atrevo.
(Se acerca otra vez al balcon.)

ESCENA II.

LUISA, ISABEL.

ISABEL. ¿Qué miras?
LUISA. Que hace buen dia:
¡está tan azul el cielo!
ISABEL. ¿Se ha pasado el mal humor?
LUISA. ¿Mal humor? yo no lo tengo.
ISABEL. Cuando antes te separaste
de mi lado...
LUISA. No por cierto.
¿Y Enrique, está mas tranquilo?
ISABEL. (Con mal gesto.)
No lo sé; tú puedes verlo.
LUISA. Isabel, no te incomodes.
ISABEL. (¿Será verdad? Indaguemos.)
Si es que te interesa verle...
LUISA. Por lo que yo me intereso
es por su suerte, que al cabo
es nuestro primo.
ISABEL. (Con intencion.) Comprendo
todo el afan que te tomas.
LUISA. Claro está, porque le quiero.
Y eso de haber de casarse,
por cumplir el testamento,
á la fuerza, sin que sienta
el mas leve amor su pecho,
es muy duro...
ISABEL. Ya se ve:
mucho mas siendo otro el dueño
de su corazon.
LUISA. Es claro.
Lo que me extraña es que, siendo
tú ese dueño, estés ahora
tan tranquila y tan...
ISABEL. (¿Qué es esto?
ó disimula, ó no hay nada
de lo que Juana...) Lamento

mas que tú la triste suerte
á que nos condena el cielo.

LUISA. No hay que perder la esperanza
todavia...

ISABEL. Ay, no lo creo.
Ademas, desde hace poco
está conmigo tan serio
Enrique... Á tí no te ha dicho
ninguno de sus proyectos? (Con intencion.)

LUISA. ¿Á mí? Desde esta mañana,
á la hora del almuerzo,
no le he vuelto á ver.

ISABEL. ¿De veras?

LUISA. Pones al hablarme un gesto
que, francamente, me extraña.

ISABEL. No sé por qué dices eso.

LUISA. Yo no te he dado motivo
para ese enojo que advierto.

ISABEL. (Tiene razon, pobrecilla,
si no es verdad... ¿mas qué enredo
es este? Juana me ha dicho...
Yo sabré por ella luego...)

LUISA. Despues de lo que ha pasado
quieres darme mas tormento?
Aun no es bastante la burla
que he sufrido y el desprecio
de ese hombre, que aunque dices
que por mí se está muriendo,
no le he escuchado hasta ahora
una frase que...

ISABEL. No hay miedo:
yo te aseguro que hoy
todo quedará resuelto.
(Aqui hay algo, y es preciso
que yo averigüe qué es ello.)

LUISA. ¿Esperas que Miguel venga?

ISABEL. Él se despidió hasta luego;
si no lo cumple yo haré
que venga, porque pretendo
hablarle para aclarar
de una vez este misterio.

LUISA. Ay, y yo que estoy asi,

tan despeinada y tan...

ISABEL. Déjalo.

LUISA. No; mira, voy á mi cuarto...

ISABEL. ¡Luisa!

LUISA. Verás, pronto vuelvo. (Váse.)

ESCENA III.

ISABEL.

Sospecho en vano: no es Luisa
capaz de tal fingimiento,
y bien su cara demuestra
que es su corazon ageno
á ese engaño... Pero Juana
(Tira del cordon de la campanilla.)
podrá decirme... Veremos.

ESCENA IV.

ISABEL, JUANR.

JUANA. ¿Llamaba usted?

ISABEL. Ven acá.

JUANA. (Querrá tratar de su pleito)

ISABEL. Tú me hablaste esta mañana
de que Enrique tiene celos
de Miguel y de que...

JUANA. Justo;
y en lo dicho me sostengo.

ISABEL. Para hablar de esa manera
tendrás algun fundamento.

JUANA. Ya se ve; no hablara asi,
la verdad, á no saberlo.

ISABEL. Pues cuéntame lo que has visto,
ó quién te ha dicho á lo menos...

JUANA. Toma, el señorito Enrique
me lo ha dicho, y con un gesto...

ISABEL. ¿Estás segura?

JUANA. ¿Si estoy?
¿Pues qué? ¿piensa usted que miento?

ISABEL. ¿Y Luisa tambien lo sabe?

JUANA. ¿La señorita? no creo...
La verdad, eso lo ignoro.
(¿Qué le importaba saberlo?)
ISABEL. (Á pesar de todo, dudo
y en confusiones me pierdo.)
JUANA. Si viese usted como estaba...
¡Cá! si se puso frenético!
y hablaba solo... y decia
que se encontraba resuelto
á casarse con su prima,
la de la herencia... Yo temo
que al verse los dos amigos
armen una buena y luego...
ISABEL. Calla, calla, eso faltaba;
¿han de correr ese riesgo?
(Aqui hay algo; es imposible
que Enrique...) Lo que deseo
es que en viniendo Miguel
me avises.
JUANA. (Sonriéndose maliciosamente.)
Bah, por supuesto.
ISABEL. (Hasta aclarar este enigma
yo no paro ni sosiego.)
¿Y Enrique te aseguraba
que aceptaba el casamiento
con su prima?
JUANA. Eso decia,
presumo que por despecho;
porque antes me estuvo hablando
en contra de ese proyecto;
y aunque yo, para bien suyo,
trataba de convencerlo
y de aconsejarle...
ISABEL. Miren
qué dómine consejero...
JUANA. Póngase usté en mi lugar;
mas él se mantuvo terco,
y por último me dijo,
y que esto es el evangelio:
«Si piensan que he de casarme
porque ella tiene dinero,
sin que antes mis ojos vean

si es su rostro lindo ó feo,
se engañan; yo no me caso
sin conocerla primero.»

ISABEL. Y es lo natural.

JUANA. Es claro.

ISABEL. Eso de casarse es serio.

JUANA. Puede ser vieja.

ISABEL. Lo es.

JUANA. Ó puede tener mal genio...

ISABEL. De seguro lo tendrá,
sin contar otros defectos...

JUANA. Mas yo á todo le decia,
los duelos con pan son menos.

ISABEL. Qué afan tienes tú de hablar
siempre sin venir á cuento...

JUANA. (Á no saber lo que sé,
juraria... ¡Hay tal empeño
en defenderle!) En mí estaba
darle... en fin, esos consejos...

ISABEL. (Si está soltera y le gusta
es muy capaz .. si por cierto:
antes creí conformarme,
ahora no puedo, no puedo.
¡Tanta inquietud en un dia,
tanto y tanto contratiempo!...
Y yo sin averiguar
la verdad... Ahora ¿qué hacemos?)

JUANA. (Se ha quedado pensativa;
¿qué será?...)

ISABEL. (Si hallase un medio...
¡Ah! si.)

JUANA. (¿Qué tiene?)

SABEL. (¡Osadia!
Dicen que el amor es ciego.)
¿No está mi padre en la casa?

JUANA. Salió hace rato y no ha vuelto.

ISABEL. (Para ejecutar mi plan
es mejor: ganemos tiempo.)
(Váse precipitadamente.)

ESCENA V.

JUANA.

¿Qué le ha dado? No me explico
lo que pasa y lo que veo.
¡Calle! ahora asoma el otro.
Viene preocupado y serio.

ESCENA VI.

ENRIQUE, preocupado y sin ver á JUANA.

ENR. Estoy decidido, si;
mañana mismo lo arreglo:
iré á ver al escribano,
y si está, como preveo,
soltera, activo el negocio
y me caso y buen provecho.

JUANA. (Habla solo.)

ENR. (Reparando en Juana.) ¿Qué querias?

JUANA. Nada, señorito, pero...

ENR. (Que siempre tenga testigos
en esta casa!... Reniego. .)

JUANA. (Lo mejor que puedo hacer
es irme con viento fresco,
que no está, segun presumo,
para sones el pandero.)

ENR. ¿Ha venido don Andrés?

JUANA. No, señor.

ENR. Aqui me quedo
esperándole. (¿Qué diablos
querria decirme el bueno
de don Telesforo?) Avísame
en cuanto venga.

JUANA. Al momento. (Váse.)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

No hay remedio: ya es inútil
que busque nuevos ardides:
lo he pensado, y no vacilo;
aceptas la boda, Enrique.
—Yo que formaba mis planes,
allá en tiempos mas felices...
yo, por no dar en Scilla,
vengo á estrellarme en Caribdis!
—Cuantas mujeres he visto
hoy, me han parecido sílfides;
mujeres á las que hacia
en otro tiempo melindres.
Y es que, aun cuando no recuerdo
de mi futura la efigie,
siempre que pienso en su cara
veo un mascaron horrible.
¡Haremos linda pareja!
¿Quién nos verá sin reirse?
Yo de treinta navidades
y ella de cincuenta abriles!
Aseguran que es muy buena;
mas ¿quién sabe si lo finge?
que nadie saca sus mañas
hasta que logra sus fines.
—Y todo por esa ingrata,
por esa engañosa Circe...
No puedo pensar en ella
sin que se exalte mi bilis.
¡Reniego de las mujeres!
en mi opinion sigo firme;
la que parece mas santa
deja burlado al mas lince.
Quizás mi futura cónyuge,
aunque su fealdad lastime,
valga mas para consorte
que otra con cara de vírgen.
La mujer, como el melon,

es de conocer difícil,
que, aun seduciendo su cara,
sale una buena entre miles.
Dicen que el que mas lo piensa
suele ser quien peor elige...
Nada, cerremos los ojos,
y ¡Dios te proteja, Enrique!

ESCENA VIII.

ENRIQUE, JUANA.

JUANA. Aqui fuera una señora
pregunta por usted; dice
que ahora acaba de llegar
en el tren.

ENR. ¿Es guapa? sigue.

JUANA. ¿Guapa? quizá lo seria,
allá, por el año quince...

ENR. ¿Tambien vieja? no sospecho...

JUANA. Si no me mantengo firme
en que, sin pasar recado
la entrada no se permite,
se cuela aqui de rondon:
mas tanto y tanto la dije
que al fin...

ENR. Buscará á mi tio.

JUANA. Busca al señorito Enrique.
Por el acento parece
andaluza.

ENR. (No es posible...)
¿Te ha dicho cómo se llama?

JAUNA. (Recordando.) Amparo...

ENR. ¡*Laus tibi Christi*!
¡Mi prima Amparo! ¡mi novia!

JUANA. ¿Esa?... Con razon se aflige
usted. Pues está esperando.
(Se oye un campanillazo.)
¿Qué tal, oye usté el repique
de la campanilla? Es ella.

ENR. ¡Cielos!

JUANA. ¿Qué la digo?

ENR. Dile
que pase adelante.

JUANA. Bueno.
Usted verá de evadirse.
(Pobre señorito, pobre,
lo que es la novia es un dije!...) (Váse.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.

Ya no hay remedio: valor.
Hoy mi suerte se decide.

ESCENA X.

ENRIQUE é ISABEL disfrazada como marca el diálogo y procurando fingir la voz para dar á la situacion la mayor verosimilitud posible.

ISABEL. ¡Ponerme á mí impedimento!
ENR. (¡Que facha de Belcebú!)
ISABEL. ¿Qué miro? Enrique, eres tú,
te he conocido al momento.
(No creo con el disfraz
que me llegue á conocer.)
ENR. (¡Esto me da por mujer
la tia... que duer me en paz!)
ISABEL. Dame un abrazo, buen mozo.
ENR. (Ya tengo la nube encima.)
(Abrazándola.)
ISABEL. Yo soy Amparo, tu prima.
Alégrate.
ENR. Oh, si, qué gozo!...
(La voz, bien dijo mi tio,
es la misma de Isabel;
pero la facha es cruel:
lo que hace la edad, ¡Dios mio!)
Tome usté asiento.
ISABEL. ¿Qué escucho?
¿Me tratas de usté, *guason*?
¿No te dice el corazon
nada al verme?
ENR. ¡Vaya! ¡y mucho!

ISABEL. No extrañes que en este traje
me haya presentado á tí;
luego me traerán aquí
con el baul mi equipaje.

ENR. (Y aquí se viene, ¡qué horror!)

ISABEL. Ahora me voy á sentar
(Se sienta, obligando á Enrique á hacer lo mismo.)
y asi podremos hablar
del asunto. ¡Qué calor!
(Abanicándose muy aprisa.)
Vengo muerta: ya se vé,
el tragin del tren y todo,
hijo, me han puesto de un modo
que no puedo estar en pié.
¿Tú cómo me encuentras, di?

ENR. Muy bien. (Habla por los codos.)

ISABEL. Segun lo que dicen todos
no pasan dias por mí.
No ha sido conmigo aleve
el tiempo, no.

ENR. (Mirándola.) (¡Jesucristo!)

ISABEL. Ya ves; no nos hemos visto
desde el año treinta y nueve.
Yo estaba en mi juventud
entonces. ¡Dichosa edad!
Aunque ahora, á decir verdad,
gozo de mejor salud.
Siempre estoy de ceca en meca....
Es mi genio, siempre andando...
tan solo de cuando en cuando
me atormenta la jaqueca.
Pero se calma el dolor
con estos parches que llevo
en las sienes: son de sebo.

ENR. (Es agradable el olor.)

ISABEL. Antes daba en padecer
de los ojos, y al fin tuve
en el derecho una nube
que lo he llegado á perder.
Mas con las gafas, ¿estás?
nadie dirá....

ENR. Por supuesto.

(¡Tambien tuerta!)

ISABEL. (Vaya un gesto
el suyo.)

ENR. ¿Y no tienes mas?

ISABEL. Si, me abrieron una fuente,
que aun la llevo, en este brazo,
mas no me causa embarazo,
lo muevo perfectamente.
(Abanicándose fuertemente.)
Y fuera de la inquietud
que da el histérico, á veces,
no tengo mas: pequeñeces
que no alteran la salud.
Ya ves que no estoy tan mal.
Válgame Dios, ¡qué calor!
(Aproximando su silla á la de Enrique.)
Acércate.

ENR. (Pues, señor,
mi prima es un hospital.)

ISABEL. Acércate mas, guason.
¿No te acordabas de mí?
Ay, cuando al entrar te vi
me dió un vuelco el corazon!

ENR. Como á mí.

ISABEL. No es de extrañar;
esas son las simpatias:
ya verás qué buenos dias
vamos los dos á pasar.

ENR. (Presumo que no.)

ISABEL. ¿Qué dices?

ENR. ¿Yo? Nada: te estaba oyendo.

ISABEL. Pues como te iba diciendo,
hemos de ser muy felices.
Mi genio es muy dulce, ¿estás?
¡Tan dulce como la miel!
(Surte efecto mi papel
segun sospecho.) Ademas,
fuera en mí una hipocresía
no decirte lo que siento;
y como en el testamento
deja ordenado la tia...
¿Qué diablos hemos de hacer?

¿No es verdad? ¿Me has entendido?
Tienes que ser mi marido
¿estás? y yo tu mujer.
¡Verás que linda pareja!
Seremos Virginia y Pablo.

ENR. (Levantándose bruscamente y dejando caer la silla.)
(Primero me lleve el diablo!
¡Yo marido de esta vieja!)

ISABEL. ¡Válgame Dios! ¿qué te da?

ENR. No es nada.

ISABEL. ¿Estás indispuesto?
No me pongas ese gesto.
Serán los nervios quizá...

ENR. ¡Los nervios!

ISABEL. Es un tormento;
al punto lo conocí:
de esos ataques, á mí
me dan á cada momento.

ENR. (Llegándose á Isabel y con resolucion.)
Mira, voy á hablarte, Amparo,
pues la ocasion es propicia:
no te alarme la noticia,
me gusta en todo ser claro.

ISABEL. (¡Qué irá á decir?)

ENR. Yo, bien sé
que, obedeciendo á la tia,
á tu lado viviria
muy dichoso.

ISABEL. Ya se ve.

ENR. Mas todos los corazones
no sienten de un modo igual:
en el mundo, cada cual
tiene sus inclinaciones.
Y aunque la union santa acato
del hombre y de la mujer,
yo, si franco te he de ser,
estoy por el celibato.
(Al ver el movimiento que hace Isabel.)
No te altere mi premisa;
en algo al hablar me fundo:
yo no tengo apego al mundo
y he resuelto cantar misa.

(Si ella piensa que me atrapa...)

ISABEL. (Riéndose.) (¿Y contenerme he podido?)

ENR. (Antes de ser su marido
entro monje de la Trapa.)

ISABEL. (Con fingido enojo.)
¿Te estás burlando de mí?
Eso es que tú no me quieres,
¡ingrato! pero no esperes,
no tal, que esto quede así.
Esas son disculpas vanas;
si en casa tienes tu amor,
no lo ignoro, no, señor.
¡Cuál es de las dos hermanas?...
(Indagarlo me precisa
y he de hacer que lo confiese.)
Si yo sé, mal que te pese,
que amas á tu prima Luisa.

ENR. Te engañas: yo te aseguro
que eso es falso.

ISABEL. Si sé yo...

ENR. Basta que diga que no.

ISABEL. Pues júralo.

ENR. ¡Te lo juro!
¿No te he dicho mi deseo?
¿De dónde tal cosa infieres?
Mal puede buscar mujeres
quien no aspira al himeneo.

ISABEL. (Veremos si me equivoco.)

ENR. (¡Qué tormento mas cruel!)

ISABEL. Entonces será Isabel...

ENR. ¡Isabel!

ISABEL. Esa es.

ENR. Tampoco.

ISABEL. Te ha impresionado ese nombre
y tu cara te ha vendido:
esa es, lo he conocido.
¡Falso, hipócrita, mal hombre!

ENR. (Irritado.) ¡Amparo! (¡Es mucha mujer!)

ISABEL. (La verdad no he descubierto.)
De que lo dicho no es cierto
tú me puedes convencer.

ENR. Pronto te convencerá

la razon que yo te dé.

LUISA. Habla: yo conoceré
si me engañas. (¿Qué será?
He de ponerle en un potro.)

ENR. Mal puedo en ella pensar
cuando se piensa casar...

ISABEL. Contigo.

ENR. No tal; con otro.

ISABEL. ¡Mientes!

ENR. ¡Señora, por Dios!

ISABEL. (No hay quien entienda este lio.)
¿Quién es?...

ENR. Un amigo mio.

ISABEL. ¿Se llama?

ENR. Miguel Quirós.

ISABEL. (¿Miguel? ¿De dónde ha sacado?...
Ahora caigo... yo sabré...)

ENR. ¿Quieres verle? Te daré
las señas.

ISABEL. (No es mal pensado.)

ENR. Puedes informarte de él...

ISABEL. (Es el medio mas seguro
de que salga de este apuro.)
¿Dónde vive don Miguel?

ENR. En la calle de Alcalá,
fonda de Paris...

ISABEL. Corriente.

ENR. (El recurso es excelente.)

ISABEL. Pues ahora...

ENR. (No le hallará.)

ISABEL. Voy á verle, si, señor,
y por él sabré de cierto...
De todos modos te advierto
que no te deja mi amor.
Ten presente lo que digo,
no te quieras excusar,
tú no te puedes casar
si no te casas conmigo.
No faltaba mas ahora...
El chasco fuera pesado:
pero ¿qué te has figurado?
¡Yo soy toda una señora!

¿Presumes que no he tenido
proporciones? ¡Excelentes!
Generales, intendentes,
de todo, mas no he querido.

ENR. (¡Dios me dé paciencia y calma!)

ISABEL. Toda gente gorda ¿estás?
Pero á tí te quiero mas
y tú te llevas la palma.
¡Y en lugar de agradecer
este favor que te hago,
me das, infame, ese pago!

ENR. (¡Ay qué mujer, qué mujer!)

ISABEL. ¡Parece cosa de risa!
¡Digo á usted que es mucha guasa!
Vaya, ¿conque no se casa
porque quiere cantar misa!
¡Qué ocurrencia tan feliz!
Tú me pensaste engañar;
¡juro que te has de acordar
de tu prima Amparo Ortiz!
¡Si no sabes aun quien soy!

ENR. (Presumo que Lucifer
disfrazado de mujer.)

ISABEL. Á todo dispuesta estoy.
Tú verás despues, verás;
en cuanto zanje ese asunto
vuelvo y entonces...

ENR. (Barrunto
que ya no has de verme mas.)

ISABEL. Lo dicho: pronto vendré.
¡Jesus, qué sofocacion!
¡Adios, infame, bribon! (Váse precipitadamente.)

ENR. Gracias á Dios que se fué. (Váse por el fondo.)

ESCENA XI.

ENRIQUE, despues JUANA.

ENR. (Despues de tirar del cordon de la campanilla.)
¿Á quién pasará, señor,
esto que me pasa á mí?

JUANA. ¿Usted ha llamado?

ENR. Si.
Ven; vas á hacerme un favor.
Cuando vuelva esa mujer
que ahora acaba de salir,
dila ¿para qué mentir?
que yo no la quiero ver.
Que es suya toda la herencia...
pues si vuelve soy capaz...
quiero que me deje en paz
y no apure mi paciencia,
Confio en tu discrecion,
te ruego que estés alerta;
si ella asoma por la puerta
yo salgo por el balcon.

JUANA. Descuide usted (¿Mas por dónde
ha salido esa señora?

ENR. Ya lo sabes; desde ahora
tu celo de mí responde.
Para escapar de esa arpia
ya buscaré un nuevo ardid:
mañana huiré de Madrid,
mañana será otro dia.
Don Telesforo, no hay mas,
supo su llegada y quiso
prevenirme...

JUANA. Aquel aviso
tan urgente, era quizás...

ENR. Justo.

JUANA. Me lo presumí.
(Suena la campanilla.)
Llaman.

ENR. Corre.

JUANA. Voy á ver...

ENR. Si es acaso esa mujer...

JUANA. No hay miedo estando yo aqui.

ESCENA XII.

ENRIQUE y MIGUEL, de frac.

MIGUEL. No está: pues de aqui no salgo
sin que mi discurso espete.

¡Hola, Enrique!

ENR. (Con sequedad.) Buenos dias.

MIGUEL. ¡Calle! ¿Aun sigues displicente?
No te apures, sé filósofo:
sé lo que te inquieta, y debes
tener mas pecho. ¿Qué diablos?
esa boda te conviene.

ENR. Ni yo busco tus consejos
ni los quiero.

MIGUEL. ¿Estás demente?
¿Tengo yo la culpa, acaso,
de lo que á tí te sucede
porque, tan sin motivo,
de ese modo me contestes?

ENR. (Es verdad, él ignoraba...
ella es la infame, la aleve.)
No extrañes mi mal humor.

MIGUEL. ¡Hoy que estoy yo tan alegre!
Ahora acabo de escribir
á mi madre, como siempre,
noticiándole mi boda.

ENR. ¡Hola!

MIGUEL. Si, la digo en breves
palabras que al fin me caso:
ya es justo que te revele
el nombre de la...

ENR. Es inútil;
estoy de todo al corriente.

MIGUEL. ¿Lo sabes ya? ¿Te lo ha dicho
ella acaso? Si, parece
que se interesa... Ay, Enrique,
¡pronto seremos parientes!
Comprenderás por mi traje
que hoy es el acto solemne,
y aunque sé que don Andrés
á esa union no ha de oponerse,
me gusta, como es muy justo,
cumplir con todas las leyes
del ceremonial: deseo
para cuando el caso llegue
que seas tú mi padrino.

ENR. ¿Tu padrino? No lo esperes.

MIGUEL. ¿Por qué razon?
ENR. He resuelto
irme de Madrid, conviene
á mi salud otro clima.
MIGUEL. Hombre, enfermas de repente,
pues tu salud hasta ahora...
¿Qué es lo que te aqueja?
ENR. Déjame.
(Al marcharse Enrique se presenta Isabel.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ISABEL.

ISABEL. Enrique, yo te suplico
que en esta sala te quedes,
tenemos que hablar los tres
y tu asistencia es urgente.
MIGUEL. (¡Qué linda está! Cada dia
me gusta mas.)
ENR. Bien: ¿qué quieres?
ISABEL. Quiero zanjar un asunto
que á nosotros tres concierne.
MIGUEL. (Á Isabel.) (Lo sabe todo).
ENR. (¡Secretos!)
ISABEL. (Á Miguel.) (No tanto como usted cree.)
ENR. (Es imposible que nadie
en mi situacion se encuentre.)
MIGUEL. (Á Isabel.) No quiere ser mi padrino:
espero que usted le ruegue...
ISABEL. ¿Para cuando usted se case?
No sé por qué ha de oponerse...
MIGUEL. Para cuando nos casemos.
ISABEL. Pues señor: oigan ustedes.
Dos bodas hay en proyecto
en esta casa parece,
y las dos bodas, presumo
que á realizarse no lleguen.
MIGUEL. ¿Cómo? ¿Qué causa?
ENR. Prosigue.
ISABEL. Enrique, tú, si no mienten
informes que á mí me han dado,

piensas conservarte célibe
antes que entregar tu mano
á quien tu tia previene.
(Á Miguel.) Su vocacion es mas santa,
son mas santos sus deberes;
ha resuelto cantar misa.
¿No es verdad que eso prefieres?

ENR. (¿Pero quien le habrá contado?...)

MIGUEL. ¡Hombre, Enrique!

ISABEL. Á ello le impelen
los desengaños del mundo.

ENR. (Á Isabel.) (¡La infamia de las mujeres!)

ISABEL. Primera boda frustrada.

ENR. (Vamos, por fuerza aqui hay duende.)

MIGUEL. (¿En qué vendrá á parar esto?)

ENR. ¿La otra boda?...

ISABEL. Seré breve:
la otra boda...

ESCENA XIV.

DICHOS y JUANA, luego D. ANDRÉS.

JUANA. Señorito,
aqui está D. Andrés, viene
preguntando por usted.
(Juana se va, Isabel y Enrique se adelantan á esperar á D. Andrés.

ISABEL. (Si Dios mis ruegos oyese!)

AND. Aqui tú con esa calma
y yo esperándote siempre.

ISABEL. ¿Pues qué ocurre?

AND. Ahora sabrás.

MIGUEL. (¿Pero qué tiene esta gente?)

ESCENA XV.

ISABEL, ENRIQUE, MIGUEL, D. ANDRÉS y LUISA.

LUISA. (¿Miguel aqui? No mintió.)

ISABEL. (¿Será mi suerte propicia?)

AND. Tú no sabes qué noticia

traigo.

ENR. Ya la sé yo.
Que usted la diga es en vano:
estoy de todo al corriente,
ese era el recado urgente
que iba á darme el escribano.

ISABEL. Pero...

ENR. (Á Isabel.) ¡Calla!

AND. ¿Otra querella?
¿Dices que lo sabes?

ENR. Si.
¿No ve usted que ha estado aqui?

AND. ¿Ha estado? ¿Pero quién?

ENR. Ella.

AND. ¿Ella? (Con extreñeza.)

ENR. Pues.

AND. ¿Quién puede ser?
No tengo el menor indicio...
(Á Enrique.) Si tú no has perdido el juicio,
soy yo quien lo va á perder.
Mira, contesta formal.
¿Quién es ella?

ENR. ¡Bah!

AND. Está claro:
si no sé quién...

ENR. Doña Amparo.

AND. (Dirigiéndose á los demas.)
No está en su juicio cabal.

ISABEL. (Pronto saldrá de su error.)

LUISA. (¿Estiendes esto, Isabel?)
(Al acercarse tropieza con Miguel.)
Ay, perdone usted, Miguel.

MIGUEL. Si acaso... usted...

LUISA. No, señor...

AND. (Á Enrique.) ¿Con que tu prima ha venido?

ENR. Todo le extraña á usted hoy.

AND Es que, la verdad, estoy
cada vez mas sorprendido.

ENR. Y aunque usted me juzgue loco
y me critique este paso,
yo con ella no me caso;
mi palabra no revoco.

Porque mi desgracia es cierta,
si al fin tomo por esposa
una mujer que es celosa
y vieja y gruñona y tuerta.

AND. Lo que te pasa no acierto;
en mis sospechas insisto;
no puedes haberla visto.

ENR. ¿Por qué razon?

AND. Porque ha muerto.

ISABEL. ¿Ha muerto?

ENR. ¿Ha muerto?

AND. (Entregándole una carta.) Lee aqui.

ENR. (Despues de leer)
Ay, no sé lo que me pasa.
Mas yo he visto en esta casa...

ISABEL. (Con acento andaluz.)
¡Guason! tú me has visto á mí.

ENR. ¿Eras tú?

ISABEL. Justo, era yo.

ENR. ¿Qué fin llevabas, Dios mio?

ISABEL. Desenredar cierto lio
que ya se desenredó.
(Dirigiéndose á Miguel)
(Enrique, D. Andrés é Isabel siguen hablando.)

MIGUEL. (Por mí lo dice, no hay duda
y yo me encuentro inocente...)

LUISA. (Señor, este hombre no siente.)

MIGUEL. (No hay mas, perdida la viuda.
Y ya á mi madre la he escrito,
y casarme me precisa)
(Volviéndose y reparando en Luisa.)
Está usted muy linda, Luisa.

LUISA. ¡Gracias!

MIGUEL. (Fijándose en ella.) (Pues no es mal palmito.)
(Luisa y Miguel siguen hablando ap.)

ISABEL. Los malos ratos pasados,
demos, Enrique, al olvido,
que yo tambien he sufrido
con tus celos infundados.

ENR. Mas la otra boda ¿cuál era?

ISABEL. La boda que yo creia
que tambien se fustraria?...

Hoy pienso de otra manera:
mira si no...
(Señalando á Miguel y Luisa, que siguen hablando.)

ENR. ¡Ah! ya estoy...

AND. Ahora vuestro amor bendigo.

ENR. Pero, Isabel...

ISABEL. No te obligo:
era libre y libre soy:
mas si inclinado te sientes
á la iglesia y al retiro...

ENR. (Tomándola la mano y besándosela.)
Bien sabes que solo aspiro
á ser tuyo, si consientes...

AND. Ya la herencia del Perú
es tuya.

ENR. Yo que pensé
que Miguel... mas ya se ve,
Juana me dijo que tú...

ISABEL. Y tambien á mí me habló...

ENR. Pues sabes que ha armado un cisma...
(Haciendo ademan de echar á andar.)
Yo sabré por ella misma
quién tal cosa le contó.

ISABEL. Déjalo, que yo me obligo...

ENR. Verás tú que reprimenda,
porque es preciso que entienda
que no se juega conmigo.
Ella fué la que...

ISABEL. Verás
cómo pongo yo remedio:
no te alteres, hay un medio
para que no embrolle mas.
(Llamando)
¡Juana!

AND Yo descubriré...

ISABEL. ¿Y para qué? no señor.

MIGUEL. (Pues se presenta mejor
de lo que yo me pensé.)
(Señalando á Luisa, con quien ha seguido hablando.)

ESCENA XVI.

DICHOS, JUANA.

ISABEL. Escucha.
JUANA. (¿Qué diablos pasa?)
ISABEL. Aunque decírtelo siento,
estás desde este momento
despedida de la casa.
MIGUEL. (Me alegro.)
JUANA. ¿Yo? ¡señorita!
¿por qué razon? no concibo...
Dígame usted el motivo...
ENR. Porque tu lengua maldita...
JUANA. ¿Pues qué he dicho yo? (A Miguel.) ¿Usted ve?
ISABEL. Mira, evitemos cuestiones.
JUANA. Quiero saber las razones.
y luego despues me iré.
Porque una es honrada, y vamos,
luego la murmuracion...
(¿De qué me extraño, si son
iguales todos los amos?
No me esperaba esta vez...
cuando de mí se ha servido
para... Ha procedido
como la esposa del juez.)
(Á Miguel.) ¿Qué le parece á usté el trago
que me han dado? Usted que está
al corriente...
MIGUEL. ¡Quita allá!
JUANA. ¡No me esperaba este pago!
¿Conque usted tambien me deja?
(¡Y ni aun me da una propina!)
MIGUEL. (¡Tras que me ha puesto en berlina,
aun quiere que la proteja!)
JUANA. Corriente (¡Ingratos los dos!)
Me voy, volveré despues
por el dinero del mes.
(Marchándose bruscamente.)
¡Queden ustedes con Dios! (Váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

ISABEL, LUISA, ENRIQUE, MIGUEL, D. ANDRÉS.

LUISA. (Á Isabel.) (Ya se ha explicado.)
ISABEL. (¿De veras?)
(¡El hombre que me queria!)
¿Qué tal, no te lo decia?
(Enrique y Miguel han estado hablando.)
ENR. ¿Pues si te gusta, que esperas?
AND. (Á Isabel.) ¿No dijiste que Miguel?...
ISABEL. (Á Andrés.) Y usted verá que no miento.
ENR. (Adelantándose.) Otro nuevo casamiento.
MIGUEL. (Ya se descubrió el pastel.)
AND. (Á Miguel.) Ya á mi noticia llegó...
ISABEL. Y á mí...
ENR. Y á mí...
LUISA. (No mentian.)
MIGUEL. (Está visto, lo sabian
antes que pensase yo...)
AND. Miguel, deme usté esa mano;
le juro á usted que me alegro
de que me llame su suegro.
ENR. Y yo de llamarle hermano.
¿Ves cómo todo se zanja?
Dicha completa y cabal;
ya hemos dado cada cual
con nuestra media naranja.
Yo que perderte creí... (Á Isabel.)
ISABEL. Y la culpa no era mia.
ENR. Por no hablar cuando debia...
ISABEL. ¿Conoces tu falta?
ENR. Si.
Harto castigado estoy,
y si aun la duda te afana,
tú verás desde mañana...
ISABEL. (Anteponiéndose.)
¿Desde mañana?
ENR. Desde hoy.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 11 de Febrero de 1865.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

Á la inmejorable ejecucion de esta comedia debo el éxito que ha obtenido. Reciban, pues, la sin par Matilde Diez, la Adela Zapatero, la Emilia Sanz, Pizarroso y Pastrana, las mas espresivas gracias de su afectísimo amigo

Juan de Coupigny.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JUAN DE COUPIGNY.

Cero y van dos.
Amarse y aborrecerse.
El capitan Pacheco. [1]
Unos llevan la fama...
¡Quién vive!
¡Solo en el mundo!
La luna de hiel.
El castillo de naipes.
Mañana.

1 En la colaboracion con D. Rafael Galvez Amandi.

y María.
l en 1818.
lá vista de pájaro
obre hojuelas.
es de Polonia.
ll ó la Emparedada.

y Blanco.
no se entiende, ó un hom-
timido.
a contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

la.
tto de enmienda.
á rio revuelto.
la y por él.
neridas las de honor, ó el
gravio del Cid.
puerta del jardin.
oso caballero es D. Dinero.
os veniales.
o y castigo, ó la conquis-
e Ronda.

onvido al Coronell..
mucho abarca.
uerte la mia!
es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ca y Medoro.
de buena ley.
mas feo.

ina la Gitana.
o y Marte.
y Flora.

enando.
lariquita.
risanto, ó el Alcalde pro-
c.

hiller.
trino.
ayo de una ópera.
esero y la maja.
ro del hortelano.
ita y en Marruecos.
n en la ratonera.
mo mono.
os de carnaval.
rio (drama lírico.)
tillon de la Rioja (*Música*)
conde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alearria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

reccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, egundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrio
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.